



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

LA LLAMADA DE LA MUERTE

MARK HALLORAN

LA LLAMADA DE LA MUERTE

1ª EDICIÓN
SEPTIEMBRE - 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

La llamada *de* **LA MUERTE**

POR
MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha, vuelta de espaldas, cubierto el rostro con las manos, sollozaba en silencio. Había que adivinar el llanto en las ligeras sacudidas que estremecían su cuerpo juvenil.

El mestizo dijo:

—Está muerto. Bien muerto.

El hombre alto y grueso pronunció un juramento, se arrodilló junto al cadáver y lo zarandeó sin piedad, como desahogando en él la rabia que súbitamente le había acometido. Los miembros y la cabeza del muerto bailaron de un lado a otro. Un pelele. Un trágico pelele cubierto de sangre.

Degollado: tenía en el cuello una horrible herida.

El hombre alto se enderezó y, al mirar en torno, sus ojos llameantes se posaron en el desconocido. Hizo un gesto de asombro, avanzó hacia él y le agarró por la camisa con dos manos grandes y oscuras como jamones.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —inquirió—. ¿De dónde sale?

El desconocido le miró humedeciéndose los labios con la lengua.

Respondió fríamente:

—Suélteme.

—¡Le he preguntado...!

—¡Suélteme, cerdo!

El hombre alto estaba furioso. Ver al muerto le había sacado de quicio. Necesitaba de la violencia como válvula de escape.

Mascullando un epíteto soez tiró de la camisa al desconocido para atraerle hacia sí y soltó una mano con ánimo de golpearle.

El desconocido comenzó a moverse como si en su interior se hubiera disparado un resorte. Clavó violentamente una rodilla en el vientre del hombre alto, obligándole a doblarse hacia adelante resoplando de dolor. Le enderezó con un «uppercut» de ambos

puños. Descargó un hachazo fulminante en la base de su cuello. Dio un paso a un lado, aferró su muñeca izquierda y tiró con un simultáneo movimiento de torsión.

El hombre alto lanzó un gañido semejante al de un perro al que pisan el rabo y cayó de cara al suelo, en parte sobre la sangre que había manado del cadáver. Allí se quedó, momentáneamente aturdido, oprimiéndose con la mano el hombro izquierdo y escupiendo la arena que al caer le había entrado en la boca.

—Le he dicho que me soltara —dijo el desconocido, ajustándose con gesto tranquilo la camisa—. Puesto que quiere saberlo, me llamo Sam Burke y vengo de ahí, de la carretera. Se me ha averiado el coche.

Hubo un silencio.

La muchacha se había alejado unos pasos hacia las cabinas, hacia la oscuridad, y allí se la oía llorar muy quedamente.

El mestizo articuló a media voz:

—Señor, no debió hacer eso con Jimmy.

—¿Jimmy es él? —preguntó Sam Burke, señalando con desdén al hombre alto y grueso.

—Sí.

—Bueno, parece fornido y saludable. Se le pasará enseguida el dolor.

—Me refiero...

—No me importa a lo que se refiera. ¿Hay aquí algún mecánico?

El mestizo alzó su cara impasible.

—¿Mecánico, señor?

—¿No hablo claro?

—Pero usted no se da cuenta... Han matado al señor Sard. Un asesinato, señor. ¿No lo ve? ¡Mire!

Señalaba el horrendo cadáver, el cuerpo degollado tendido en la arena junto a la pared.

Sam Burke se encogió de hombros.

—Eso no reza conmigo. Necesito un mecánico. Debo seguir viaje esta misma noche.

—Un duro, ¿eh? —dijo una voz aflautada.

Había dos hombres en la esquina de la fachada principal del edificio central del motel, con la luz a su espalda, de modo que Burke, cuando se volvió hacia ellos, vio distintamente sus siluetas,

pero no sus rostros. Uno era gordito y de corta estatura; el otro, alto y flaco.

El primero había hablado. El segundo empuñaba una pistola en cuyo cañón se reflejaba la luz.

Jimmy, el tipo alto y grueso, comenzó a levantarse trabajosamente.

La voz aflautada volvió a sonar:

—¿Qué ha pasado?

—Sard está muerto —dijo Jimmy.

—Eso veo. —El gordito avanzó desde la esquina, pero no dedicó al cadáver más que una rápida mirada. Sus ojos se clavaron en Sam Burke—. ¿Quién lo ha hecho y por qué?

—¿Me lo pregunta a mí? —dijo Sam.

Ahora distinguía su cara. Sintió asco. Era la cara de un niño viejo, mejilluda, lampiña, con los ojillos porcinos hundidos en sendos nidos de grasa arrugada, curvada la pequeña boca en una sonrisa de astucia y perversión. Una cara, por otra parte, que le parecía conocer.

—A usted, por ejemplo —asintió el gordito.

—Cuando he llegado he oído chillar a la chica. —Sam trasladó su mirada a la pistola del hombre flaco—. He doblado la esquina, y ella estaba aquí, chillando. Éste —señaló al mestizo—, ha venido corriendo del otro lado; y enseguida Jimmy, que se ha puesto histérico como la niña al ver al muerto.

—¿Sí, Jimmy?

—Jefe —gruñó el aludido—, le he preguntado solamente quién era y qué hacía aquí. Se me ha echado encima como una fiera apenas he abierto la boca.

—Abulta la mitad que tú.

—Yo estaba...

—¿Le conoces?

—No.

—Sabe tu nombre.

—Se lo ha dicho Abundio. Jefe, este tipo...

—Está bien. —El gordito examinó a Sam entornando los párpados—. Yo le hago la misma pregunta: ¿quién es y qué hace aquí?

—Me llamo Sam Burke. Busco un mecánico.

—Aquí no hay mecánicos.

—Podría haberlos —dijo Sam, señalando con la cabeza la estación de gasolina situada a la entrada del recinto del motel—; y si no, teléfono para avisar a alguno. Tengo el coche averiado una milla más atrás. He venido porque he visto las luces. —Entre la niebla de su memoria empezaba a asomar un recuerdo referente a la posible identidad del gordito—. No es culpa mía si a Jimmy le ha puesto nervioso verme.

—¿De dónde viene?

—Del norte.

—¿A dónde va?

—Al sur.

—Esta carretera no conduce más que a Saladillo. Para ir al sur se toma la Highway 404.

—Bien, ¿no estoy en ella?

—No. Hace lo menos cinco años que la nueva carretera fue construida, y nadie pasa ya por aquí, ni siquiera para ir a Saladillo; es más rápido seguir la nueva y retroceder un par de millas. ¿A dónde va usted?

Sam Burke mostró con un ademán la fina capa de arena que lo cubría todo.

—He conducido durante cuatro horas en medio de una tempestad de arena que no dejaba ver a dos pasos, Habré tomado sin darme cuenta la desviación.

—O no.

—¿Entonces?

—Usted sabrá. Puede haber venido a matar al viejo. O a verme a mí.

Sam replicó burlonamente:

—¡Oh, comprendo! Me tiene miedo.

La lasciva sonrisa del gordito se acentuó. Se volvió de pronto hacia Jimmy.

—Tú, saca el «Chevy» y ve a remolcar su coche. Dile a Mick que te acompañe. —Tendió una pequeña y carnosa mano hacia Sam—. Deme las llaves.

—Están puestas en el contacto.

Jimmy titubeó.

—Jefe, yo...

—¡Haz lo que te digo!

Cuando Jimmy se alejaba obedientemente, el mestizo murmuró:

—Señor, no debió usted pegarle.

El gordito le oyó.

—Quita de ahí, Abundio. Ocúpate de llevar el fiambre a su habitación, o a cualquier parte donde no estorbe hasta que lo enterremos.

—Pero, señor Latham, la niña...

—¡Quita ya!

Sam captó el nombre. Respiró profundamente.

¡Por supuesto!

Era Jerry Latham: había visto su foto en los periódicos que una semana atrás hablaron profusamente de él, cuando su racket fue derribado por los esfuerzos conjuntados de un celoso fiscal y de la Brigada del Vicio de la Policía de Kansas City. Latham desapareció oportunamente de esta ciudad. Había, pues, hecho un largo viaje para ocultarse en aquel perdido rincón del desierto de Gila.

Sam señaló el muerto.

—¿Quién era?

—Silas Sard —dijo Latham. Contempló pensativo cómo el mestizo se alejaba rodeando el edificio principal del hotel—. Un pájaro de cuenta. El negocio era suyo.

—¿El hotel?

—Sí.

—¿Y la muchacha?

—Era su hija. —Latham hizo una seña al hombre de la pistola—. Joe, mira a ver si lleva encima una navaja, o algo. No quiero sorpresas. Con lo del viejo ha habido suficiente.

Sam Burke retrocedió un paso.

—No me gusta que me manoseen —advirtió.

—¡Joe!

El hombre de la pistola avanzaba, y dio un paso más rápido que los anteriores cuando Latham pronunció su nombre imperativamente.

Sam le dejó acercarse. Dejó que le rodeara. Dejó que extendiera la mano para cachearle.

Luego saltó a un lado y se agachó. La fulminante rapidez de su movimiento tomó de improviso a Joe. Una fracción de segundo

después, emitiendo un grito entrecortado, el larguirucho Joe daba una vuelta de campana en el aire y caía al suelo de espaldas.

La pistola había quedado entre los dedos de Sam, Este, sin perder momento, descargó al larguirucho un culatazo en mitad de la cabeza, Joe se encogió, quedó tendido de costado en forma de cuatro, inmóvil.

Sam miró al gordito haciendo saltar la pistola en la palma de su mano. A continuación se la arrojó a los pies.

—Devuélvasela cuando despierte —dijo—. Y pídale disculpas. Usted ha tenido la culpa de que haya estado a punto de partirle el cráneo.

La voz aflautada del gángster traicionó un temblor de cólera:

—Usted no sabe con quién se juega los cuartos, forastero.

—¡Oh, sí, lo sé perfectamente! Con una basura humana que los guardias echaron a puntapiés de Kansas City...

—¡Se arrepentirá de esas palabras! —exclamó Latham.

—Con un aprendiz de caído que se creyó lo bastante listo como para vivir de la trata de blancas —concluyó Sam—. La gente ha estado riéndose de él desde hace una semana. Los periódicos traían una historia mejor que las películas de Bob Hope.

El gordito se dominó con tremendo esfuerzo; fue visible en la manera cómo se estremecía y apretaba las manos una contra otra. Dijo con falsa calma:

—Ha tenido la gran idea de su vida viniendo aquí. Espere y verá. Conmigo no se juega. —Se acercó al inerte larguirucho y le tocó con el pie—. ¡Levántate! ¡Joe, maldito imbécil, levántate!

Los faros de un coche se encendieron en el aparcamiento. El vehículo comenzó a moverse en dirección a la carretera.

Sam rió con sordo desdén. Latham increpaba y pateaba al caído. Les volvió a ambos la espalda y echó a andar tranquilamente hacia las cabinas.

Vislumbró enseguida la forma de la muchacha. Estaba sentada en los peldaños que conducían a la puerta de una de aquéllas, en la penumbra, con las manos en el regazo, mirando al frente como en trance hipnótico.

No lloraba ya.

—Me llamo Sam Burke —dijo él—. Me gustaría poder ayudarla en algo.

Ella alzó lentamente la vista. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Estaba usted aquí?

Su voz era un murmullo sin inflexiones.

—Acababa de llegar. Los gritos de usted me han atraído. Tengo el coche averiado en la carretera.

—Pues márchese.

—Digo que tengo el coche averiado.

—Pues márchese a pie, como sea. Cualquier medio es bueno para escapar del infierno.

El la miró mordiéndose los labios. No la veía bien a la escasa luz. Tampoco la había visto antes. No sabía cómo era, sólo que era una muchacha joven.

—¿Esto es el infierno?

—Peor que el infierno.

—¿Y por qué? ¿Qué es lo que ocurre?

El murmullo de ella se hizo áspero:

—No se meta en lo que no le importa.

—No trato de meterme. Pero han matado a su padre, ¿no es así?

—¡Cállese! ¡Déjeme en paz!

—¿Quién lo ha hecho?

—¡No lo sé!

Sam se encogió de hombros.

Sonaron en la arena los pasos crujientes de alguien que se acercaba. Era el mestizo llamado Abundio.

Acudió junto a la muchacha y apoyó una mano en su hombro.

—Venga, señorita Lena —dijo suavemente—. Simona la atenderá. —Ella titubeó, pero concluyó levantándose. El mestizo miró a Sam—. Espéreme aquí, señor. Le daré una cabina para pasar la noche.

—No pienso pasar aquí la noche.

—Señor, no tendrá más remedio.

—Oiga...

—Vuelvo enseguida.

Abundio y la joven desaparecieron en la oscuridad.

Sam sacó del bolsillo de los pantalones un paquete de cigarrillos, encendió uno y se sentó en el lugar que la muchacha había ocupado.

Todo estaba ahora en el motel tranquilo y silencioso.

Algún tiempo después surgieron en la carretera las luces del coche que, ya de regreso, remolcaba el suyo.

Sam no pudo menos que preguntarse lo que pasaría si Jerry Latham y sus hombres sospecharan que en el «Buick» averiado había ocultos cincuenta mil dólares en billetes.

CAPÍTULO II

Había sido un golpe afortunado. Puro capricho de la suerte, además, porque un segundo antes de que los billetes aparecieran sobre la mesa de Nordstrom nada hacía suponer que la ocasión tan deseada iba al fin a presentarse. Y una ocasión de cincuenta mil dólares.

Sam había soñado noche tras noche con aquello; todas las noches desde que trabajaba en la Agencia Nordstrom, consumiéndose de hastío, soportando a duras penas la miseria y la monotonía de aquella vida rutinaria. Al principio creyó resistir bien. Borrón y cuenta nueva: un hombre tiene que resolverse a ello un día u otro, y él se había jurado al salir de presidio no volver a empezar.

Pero resultaba superior a sus fuerzas.

Había durado cinco meses. Cinco eternos meses. Y era, ¡oh, por supuesto!, un buen empleo para un expresidiario, un empleo que hubieran envidiado muchos honrados padres de familia. Porque de sus antecedentes Jack Nordstrom no sabía nada. Nadie en Phoenix sabía nada. Chicago estaba a miles de millas; su Chicago, el de Sam Bietigmeyer —con este nombre largo y desagradable, su verdadero nombre, había sido juzgado y condenado—, estaba en otro mundo.

En Phoenix, Arizona, nadie le conocía. Sólo él se conocía a sí mismo.

Había durado cinco meses. A partir del segundo no hizo más que esperar la ocasión, soñar con ella. ¿No volver a empezar? Imposible. Estaba preparado. Todo se hallaba a punto: nuevo nombre, nuevo coche, nuevos papeles. Iría a México en línea recta. Saín Baldwin —con este nombre le había contratado Nordstrom— dejaría al instante de existir. El futuro pertenecía, a Sam Burke.

Faltaba únicamente la ocasión.

Jack Nordstrom le había dirigido una escrutadora mirada a

través de la mesa donde el dinero se amontonaba en ordenados fajos.

—¿No se siente bien, Baldwin?

Sam había sonreído. Sabía sonreír y mirar de frente aun en los peores momentos.

—El estómago. No tiene importancia.

—¿Está seguro? Creo haberle visto así otras veces.

—Bueno, uno pasa sus crisis; gracias por el interés. ¿Me llamaba usted?

Nordstrom asintió consultando su reloj.

—Tengo a Feeney ocupado y yo espero una visita dentro de unos minutos. El viejo Simmons me ha dejado esto aquí. —Mostró el dinero con un ademán—. En efectivo, ¡mil diablos! Si nos apuramos podremos ingresarlo en el Banco antes de que cierren, pero sólo si nos apuramos. Dese prisa, Baldwin. Hoy es viernes. No quiero quedarme con el paquete hasta el lunes.

Sam preguntó:

—¿En qué Banco se ingresa, señor Nordstrom?

—En el Southwest. Cuenta de la agencia, no en la mía personal.

—Comprendido.

Nordstrom metió los billetes en un sobre de papel manila.

—Gracias, Baldwin. —Tendió el sobre—. Y no es necesario que regrese si no se siente en forma. Hasta el lunes. Pero dese prisa, por favor.

—Sí, señor Nordstrom.

Así de fácil.

Sam conocía el asunto del viejo Simmons: una especulación con terrenos. Nordstrom le había conseguido una inversión prometedora en la zona de Buffalo Head. El contrato sería firmado el lunes. Era el azar, únicamente el azar lo que había hecho que el viejo resolviera depositar el dinero en la agencia antes del fin de semana. Cincuenta mil dólares; de ellos, dos mil quinientos, su comisión del cinco por ciento, pertenecientes a Nordstrom.

¡Así de fácil!

La anhelada ocasión había surgido.

Sam se puso la chaqueta, metió el sobre de papel manila en su portafolios, se despidió del otro empleado. —Pat Feeney era su nombre— con un ademán y abandonó la oficina.

No fue al Banco. Por supuesto que no.

Marchó directamente a su casa. Cambió de ropa, de nombre y de coche. Hacía tres meses que lo había preparado todo. Antes de las cinco de la tarde salía de la ciudad rumbo a México, recto por la Highway 404 que a través del desierto conducía a la frontera. Ahora se llamaba Sam Burke y llevaba cincuenta mil dólares ocultos en el «Buick»; era un hombre que sonreía a la vida.

La realidad había superado sus sueños. ¡Un viernes a las cinco de la tarde! La agencia permanecería cerrada sábado y domingo, lo cual le daba un margen de más de dos días para alejarse de Phoenix. No había contado en sus fantasías con semejante ventaja. El lunes, cuando Jack Nordstrom notara su ausencia y comenzara a sospechar lo ocurrido, Sam Burke podía encontrarse ya en Caracas, en Río, en Buenos Aires, en Montevideo; o acaso en Madrid, París o Londres, según la más favorable combinación de horarios que le ofreciesen las líneas aéreas. Un fin de semana era tiempo sobrado para que las puertas del mundo se abrieran ante él.

Pero primero debía guarecerse en territorio mexicano.

Más allá del desierto, claro está...

Fue en pleno desierto donde la tempestad le sorprendió. Hizo un calor ardiente y el soplo continuo de un viento raro. El cielo se tornó de color rojo. Un muro fantasmal se alzó en el horizonte, un muro en movimiento que crecía, se extendía y avanzaba con pasmosa velocidad.

Sam había oído hablar del fenómeno, pero nunca lo había presenciado. Escalofriante. Especialmente para él, hombre de la ciudad, nacido y educado en el asfalto, ajeno por completo a las grandes manifestaciones de la Naturaleza.

Comprendió que lo sensato hubiera sido detenerse y esperar a que cesara el cataclismo. Tenía, sin embargo, demasiada prisa para acomodarse a las exigencias de la sensatez. Siguió conduciendo lenta y cautelosamente, arrimado al borde de la carretera, privado casi enteramente de visibilidad, mientras la furia del desierto se abatía sobre el automóvil y el viento huracanado lo azotaba con aquella lluvia sólida semejante al golpear de mil millones de pequeños martillos.

La tempestad de arena duró cuatro horas, durante las cuales Sam no detuvo un instante su marcha. Cuando aquélla terminó estaba

exhausto. Se encontró en medio de la noche, en una carretera semiborrada por la que aparentemente no circulaba nadie más. Tampoco entonces se detuvo. El cuentamillas del coche indicaba una situación muy próxima a su meta. Delante, según el mapa, un lugar llamado Saladillo, y la frontera inmediatamente después.

Transcurridos diez minutos el motor del coche comenzó a producir un agudo sonido metálico, como si alguien golpeará enérgicamente una cacerola. A toda prisa apretó el embrague y colocó el cambio de marchas en punto muerto. Con ello, en lugar de cesar, el sonido se hizo más intenso todavía, más agudo y más rápido. El coche entero vibraba. El motor semejaba desmoronarse.

No se hizo el silencio hasta que Sam cortó el encendido.

¿Recalentamiento?

No. El termómetro no señalaba excesiva temperatura.

Aguardó unos momentos. Luego volvió a manipular al arranque. El temible estrépito no se reprodujo, pero tampoco el coche se puso en marcha. Todas cuantas pruebas realizó resultaron inútiles. El coche continuó parado, allí, en medio de la noche y del desierto, en aquella pista cubierta de arena por la que no pasaba absolutamente nadie.

Las nociones de mecánica que poseía Sam se reducían a saber hacia qué parte del vehículo estaba situado el motor.

Se apeó y encendió un cigarrillo con manos que temblaban de cólera. ¿Qué podía hacer? ¿Resignarse a esperar que pasara alguien y pedirle ayuda?

¿Esperar toda la noche? ¿O un día entero?

¿O un fin de semana entero?

¡Infiernos, no!

Hacia atrás, a lo largo del camino que llevaba recorrido, no había habitación humana en muchas millas.

Quizá la hubiera hacia adelante. Un lugar, por lo menos, desde donde llamar a Saladillo pidiendo un mecánico.

Con el cigarrillo entre los labios, Sam echó a andar. Era su único recurso, su última esperanza. Y no había caminado más de un cuarto de hora cuando un suspiro de alivio escapó de su pecho al divisar a lo lejos unas luces.

¡Extraño lugar!

Lo contempló desde la carretera antes de dirigir hacia allí sus

pasos. Era evidentemente un motel, un viejo motel medio abandonado. Estaban apagados todos sus rótulos. Se hallaba igualmente a oscuras la estación de gasolina situada a la entrada del recinto. Las luces brillaban únicamente del lado de las cabinas, un par de aquéllas; las restantes en el edificio principal.

Era increíble encontrar un establecimiento así en una ruta tan importante como la Highway 404; tan increíble como el hecho de que en todo aquel tiempo no hubiera pasado por dicha ruta un solo automóvil.

Sam anduvo hacia el edificio.

Estaba casi ante la puerta cuando oyó chillar a la muchacha. También aquello era increíble: el horror, la desesperación, la angustia que aquellos gritos traslucían.

Se interrumpieron de repente.

Cuando él dobló la esquina y vio el cadáver, la muchacha ya no hacía sino sollozar en silencio.

CAPÍTULO III

Los dos coches, uno remolcando al otro, entraron en el recinto. El mestizo no había regresado.

Sam se levantó y echó a andar hacia el aparcamiento. Llegó en el momento en que Jimmy y otro hombre más joven se apeaban respectivamente de un «Chevrolet» blanco y crema y del «Buick».

—Lamento causarles tantas molestias —dijo con suavidad—. Si alguno de ustedes, entiende de mecánica y consigue que este cacharro funcione, no sólo se ganará una buena propina, sino que...

Jimmy le interrumpió abruptamente.

—¿No tiene usted el sentido de las cosas?

—¿Qué quiere decir?

—Está loco. —Hizo una seña a su compañero—. Déjale, Mick. Vámonos.

—Una propina de cien pavos —puntualizó Sam—, y se verían esta misma noche libres de mí, por añadidura.

El llamado Mick le miró con asombro.

—¿Cien pavos?

—¡No te dejes embaucar! —exclamó Jimmy.

—¡Cállate! ¿Ha dicho cien pavos?

—Sí.

—¿Por repararle el coche?

—Sí.

—Bueno, no se mueva de aquí. Vuelvo enseguida.

Mick se alejó. Jimmy miró a Sam titubeando; luego pronunció una maldición y echó a andar en pos de aquél.

Sam se aseguró de que no había nadie por los alrededores antes de abrir la portezuela del «Buick» y comprobar que el dinero continuaba oculto. Se sentó dentro y conectó la radio. Aguardó con la portezuela abierta.

La actitud de Mick había sido el primer signo de que la suerte

volvía a serle favorable. ¡Cien dólares! Unas horas antes, por cien dólares él mismo hubiera caminado una milla a la pata coja. Mick no podía saber que ahora habría estado dispuesto a pagar gustosamente diez veces más con tal de no sufrir mayores retrasos.

Pero Mick no volvió solo.

Volvió con Jimmy y con otros dos hombres, uno de los cuales era de nuevo el gordito Jerry Latham.

Este último habló:

—Dice Jimmy que no tiene usted el sentido de las cosas. Sospecho que es la pura verdad.

—¿Para qué se trae tanta escolta? —preguntó Sam burlonamente. Su burla encubría el despecho que le causaba comprender que, de grado o por fuerza, Nick había mudado de opinión con respecto a la reparación del coche—. No me tenga miedo, Latham. Sepa que me moriría de asco si llegara a tocarle.

—¡Estoy hasta las narices de sus baladronadas! —replicó el gordito, excitado—. ¿Tiene usted por cabeza un adoquín, o qué es lo que tiene? ¡Renuncie a la idea de marcharse de aquí hasta que yo le autorice! ¡Va enterándose? ¡De aquí no sale nadie!

—Eso lo veremos. Yo no acepto órdenes.

—Usted las aceptará, o de lo contrario será enterrado en la misma fosa que el viejo. Me basta mover un dedo para que mis hombres le achicharren a balazos, ahora mismo, en cualquier momento, cuando sea.

—¿Y ello por qué?

—Porque aquí se ha cometido un asesinato.

—¿A mí qué me cuenta, Latham? Voy de viaje y tengo prisa.

—¡Ni hablar! No quiero correr riesgos.

—¿Qué riesgos? ¿Imagina que me chivatearé?

—Será lo primero que hará apenas llegue a Saladillo. Un asesinato. El escondrijo de Jerry Latham. ¡Menuda historia! ¿A qué se la agradecen con una recompensa? ¡No, no, no! Mire, entérese, no digo que vaya a retenerle aquí hasta que se caiga de viejo. Pero estoy en un apuro, no puedo moverme; he encontrado el lugar ideal para ocultarme hasta que se arreglen mis cosas, y no lo abandonaré. —Poco a poco el tono del gordito se hacía conciliador—. Asunto de tres o cuatro días. Cuando yo me marche quedará usted en libertad de largarse con buen viento. Y si resulta que le he ocasionado algún

perjuicio le pagaré una indemnización.

—Habla en serio, ¿no?

—Hasta mil pavos.

—No me refiero a la indemnización, sino a que está resuelto a no dejarme partir esta noche.

—¡Ah, seguro!

Sam asintió en silencio. Se percataba perfectamente de la difícil situación de Latham. Pero más difícil era la suya propia.

—Lo siento —dijo—. Ninguna indemnización puede compensarme; por ese lado no hay acuerdo posible. Sin embargo...

—No pretendo llegar a un acuerdo. Le hago una oferta. ¿Usted la rechaza? Muy bien, digo que le peguen un tiro, y en paz.

Sam rió sin alegría.

—Si éstos son sus métodos, Latham, la experiencia de su desastre en Kansas City debería haberle convencido de la urgencia de renovarlos. Preste atención. —Salió del coche y avanzó hacia el «gángster» con los brazos en jarras—. Usted no me cree cuando afirmo que cerraré el pico sobre lo que está pasando aquí. Conforme, no tiene por qué creermelo. Pero el caso es que debo cruzar la frontera esta misma noche, que no consentiré que nada ni nadie me detenga. ¿Me oye? No es un capricho. Propongo que me reparen el coche si alguien es capaz de hacerlo. Pago cien pavos por el trabajo. Uno de sus hombres partirá después conmigo para asegurarse de que en Saladillo no digo ni pío a los guardias. Me acompañará hasta la frontera. Me lo llevaré a México si usted quiere. Doy toda clase de garantías, pero esta noche me voy de aquí. Es mi última palabra.

Hubo un silencio, que rompió Jimmy:

—Jefe, ya lo ve, es como le digo. No tiene el sentido de las cosas.

La voz aflautada de Latham se quebró en un juramento. Añadió:

—¿Quién es usted?

—Sam Burke.

—¡Ya me entiende! ¿Qué hace? ¿De qué huye? ¿Por qué tanta prisa?

—Vendo libros de Filosofía a domicilio —dijo Sam, sarcástico—. Mi novia me espera en Hermosillo. Nos casamos mañana.

—¿Ah, sí? Pues deme su nombre y sus señas para enviarle una

nota de pésame. Y ahora, basta ya. Le he prevenido, Burke. Usted no se marcha. Mis hombres vigilarán, y todos tendrán orden de disparar contra usted a la menor sospecha. Algunos, dos por lo menos, es posible que disparen sin sospecha siquiera.

—¿Jimmy y Joe? Lo dudo.

—No lo dudará mucho tiempo.

—Ambos saben que les he zurrado por culpa de usted, que no puse en los golpes mala voluntad. Jimmy me cae simpático. ¿Lo oyes, Jimmy?

—¡Váyase al diablo! —rezongó el pistolero—. A usted lo que le pasa es que no tiene el sentido de las cosas.

—Vámonos —dijo Latham.

Volvió la espalda y echó a andar balanceando su rollizo cuerpo. Sus hombres le siguieron. Jimmy, que fue el último, lanzó a Sam una larga mirada por encima del hombro antes de emprender la marcha.

El cuarteto desapareció en las sombras.

De éstas surgió, silencioso, el mestizo Abundio.

—No debió decirles eso, señor.

Sam ahogó un bostezo.

—Usted parece conocer a maravilla todo lo que no debo decir ni hacer.

—Les conozco a ellos.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Cinco días. Ya ha visto lo que ha pasado, señor. El patrón se dejó convencer... Ya ha visto lo que ha pasado.

Sam intentó escudriñar en la obscuridad el hermético rostro.

—He visto sólo el desenlace. Pero al viejo, a su patrón, le han degollado. Es una manera sucia y trabajosa de matar a un hombre. No parece que sea gente, con su arsenal de armas de fuego, sea partidaria de semejantes complicaciones.

—Sé que el pequeño detesta las armas de fuego.

—¿Jerry Latham?

—Sí. Por favor, señor, venga conmigo. Le he preparado una cabina.

Sam no se movió.

—¿Qué podía tener Latham contra el viejo? ¿Acaso después de haberle dado hospedaje pensaba Sard denunciar su escondrijo a la

policía?

—Yo no lo sé, señor. Le ruego...

—¿Quiere ganarse mil dólares?

El mestizo dio un paso atrás.

—¡Señor!

—Mil pavos como mil soles, amigo. Proporcionéme el medio de salir de aquí y llegar esta noche a la frontera. Pago al contado.

Un relámpago iluminó los ojos de Abundio. Dijo quejumbrosamente:

—¡Señor, tengo esposa! ¡Usted busca perderme!

—¿Qué demonio? Su patrón ha muerto, y me gustaría saber qué provecho piensa usted sacar de un viejo degollado, de su hija y de este negocio en ruinas. Agarre a su esposa y vénganse conmigo a México. Con mil dólares puede empezar allí algo que valga la pena.

—Es imposible.

—Hay muchas cosas difíciles; imposibles, ninguna.

—Ésta lo es, señor. —El tono del mestizo era melancólico—. El pequeño está asustado y no se detendrá ante nada. Sé que ha ordenado matar a quien intente fugarse. Sé, lo saben todos, que matará a cualquiera de sus hombres si a pesar de sus órdenes alguien se fuga. Creo que no ordena ni amenaza en vano.

—Pero usted...

—No cuente conmigo, señor. Ni por mil ni por cien mil dólares. Su cabina es la doce.

—¿Qué?

—Digo que le he preparado la cabina número doce.

Sam se apartó unos pasos para dominar la perspectiva del aparcamiento. Había ocho automóviles incluyendo el suyo, número sorprendentemente elevado, que le hizo pensar en cuántas personas se alojarían en el motel.

—Mire, Abundio; si alguno de estos coches...

El mestizo le interrumpió:

—Número doce, señor. No lo olvide.

—¡Oiga!

Abundio desapareció tan silenciosamente como apareciera.

Sam aguardó un momento conteniendo la cólera. Luego se metió entre los coches.

Su «Buick» continuaba amarrado al «Chevrolet» que lo había

remolcado, pero ninguno de los dos tenía puestas las llaves. Si alguno de los coches las tenía puestas, ¿por qué no intentar la fuga?

¿Por qué no?

Probablemente existía un procedimiento de poner un coche en marcha sin llaves de contacto; probablemente era sencillo conectar unos cables, algo, una pequeña maniobra. Un tipo llamado Horn, uno de Chicago a quien Sam conociera años atrás, sabía hacerlo. Había robado veinte automóviles sin más instrumento que un destornillador cuando un cáncer de pulmón se lo llevó a la tumba.

Pero él no era Horn.

El quinto vehículo, un viejo «Ford» rural, ¡tenía puestas las llaves!

Sam apretó los dientes.

¡La suerte volvía! ¡Aquella pesadilla asfixiante terminaría al fin!

¿Por qué no?

Había un grave riesgo que correr: sacar el dinero de su escondrijo y trasladarlo al «Ford». Era jugárselo todo a una carta, y a una carta baja. ¿Qué pasaría si se frustraba la fuga? ¿Qué perdería? ¿Cuánto?

¡Infiernos! ¿Qué ganaría si no se arriesgaba a intentarlo?

No se veía a nadie por los alrededores.

Sam regresó al «Buick» y sacó el portafolios. Cogió su chaqueta del respaldo del asiento.

No, no se veía a nadie.

El fresco punzante de las noches del desierto se dejaba sentir, pero él sudaba cuando se sentó ante el volante del «Ford».

¡Qué gran ocasión! ¡Qué fácil! ¡Cincuenta mil dólares en mano y un fin de semana para perderse en el vasto mundo!

¿Realmente?

Dio vuelta a la llave de contacto. Tenía despejado el camino hasta la carretera. Oscuro, pero sus ojos se habían acostumbrado ya a la obscuridad.

No debía encender las luces.

¡No se veía a nadie! ¡A nadie!

Manipuló el arranque con dedos temblorosos, y se maldijo por aquel temblor, por el miedo abyecto que, a pesar suyo, le roía las entrañas.

El motor comenzó a funcionar con ruido estridente.

¡Estridente! ¡Una verdadera señal de alarma en mitad de la noche!

Soltó nerviosamente el freno de mano, puso primera, dio gas y alzó el pie del pedal de embrague. El «Ford» saltó hacia adelante como un caballo fustigado. Sus neumáticos susurraron sobre la arena.

Línea recta hasta la salida del recinto, y la carretera después.

Segunda. Tercera. Gas a fondo.

¡Allí estaba la salida!

Sam frenó violentamente, imprimió un rudo giro al volante. El «Ford» se le fue de costado, resbalando sobre la arena, y salió a la carretera con un movimiento de balanceo.

¡Hecho!

No se veía a nadie.

Pero sí se vieron los fogonazos. Sam, en una agonía de rabia, los vio reflejarse en el espejo retrovisor, seguidos inmediatamente por el múltiple mordisco de las balas en la carrocería del coche. No era una pistola lo que disparaba, sino una metralleta, y allí mismo, al borde de la carretera, a pocos pasos de la puerta del recinto del motel.

¿Hecho? ¿Realmente?

El hombre de la metralleta conocía su oficio: disparaba a tan escasa altura que los neumáticos traseros del «Ford» tardaron apenas tres segundos en estallar, ambos casi al unísono. Sam perdió el dominio del vehículo. En el postrer instante soltó el volante, aferró el portafolios, se encogió sobre sí mismo, trató de protegerse la cabeza.

El coche salió despedido de la carretera, no encontró obstáculo que lo detuviera y volcó de costado. No fue un choque demasiado fuerte.

Sam permaneció aturdido un breve instante. Fue sobre todo la conciencia de su fracaso, el brutal desmoronamiento de sus esperanzas lo que le infundió sangre fría y lucidez.

Abrió la portezuela que, con el coche tumbado de lado, había quedado arriba; tomó su chaqueta y su portafolios, y salió al exterior.

La metralleta ya no disparaba.

—¡Eh, usted! —gritó alguien a quien no podía ver en la

obscuridad, y que probablemente tampoco le veía a él—. ¿Está vivo? ¿Me oye?

Sam avanzó un trecho paralelamente a la carretera. Se detuvo cuando sus pies tropezaron con unas piedras.

—¿Me oye? —Insistía el hombre.

No le contestó. En cuclillas, excavaba la arena con las manos. Hizo un hoyo en el que depositó el portafolios. Cubrió éste de arena, una buena capa. Encima depositó tres piedras en ángulo recto.

Si otra tormenta como la de aquella noche no sepultaba las tres piedras, éstas le servirían de referencia para recobrar el dinero a la luz del día. La suerte no le había, a fin de cuentas, traicionado del todo.

—¡Usted, salga de ahí si está vivo! —gritaba el hombre—. ¿Hasta dónde cree que llegará a pie? Esto es el desierto, ¿sabe?

Tampoco entonces le contestó Sam.

Mirando hacia las luces del motel observó que las ráfagas de metralleta habían provocado explicable conmoción. Varias personas se movían en la zona iluminada. Algunas corrían hacia la salida, y éstas últimas llevaban linternas consigo.

¿Hasta dónde llegaría a pie?

Sam se encogió resignadamente de hombros.

Regresó al motel dando un rodeo. El grupo de personas se había disuelto cuando pasó cerca del edificio principal, y únicamente Latham y Jimmy se encontraban en la puerta, mirando hacia la carretera y esperando el curso de los acontecimientos. Ninguno de los dos le vio.

¿Qué número le dijo Abundio que recordara? Doce. Cabina doce, Había luz en ella.

Empujó la puerta y entró.

Dentro encontró a una mujer instalada en una butaca.

CAPÍTULO IV

Sam dijo:

—Perdóneme. Temo que me he equivocado.

Y retrocedió un paso para comprobar que era el doce el número inscrito en la puerta.

—No se ha equivocado.

—¿Entonces?

—Sentía curiosidad por conocerle. He supuesto que, a pesar de los tiros, Heppy no habría acabado con usted.

Sam entró y cerró la puerta.

—¿Heppy?

—Ray Hepburn. Es capaz de dibujar su caricatura en la pared con una ráfaga de metrallata.

—Esta vez únicamente ha estropeado un viejo Ford.

—¿Modelo rural?

—Sí.

—Bueno, era el de Silas Sard; poca falta le hace.

Sam estaba encendiendo un cigarrillo. Cuando lo tuvo encendido avanzó hacia la cama y se tendió en ella.

Gozó desde allí de una perspectiva inédita de la mujer. No era un tipo de mujer grande, pero resultaba excelente en su tamaño; y aunque de su posición en la butaca se deducía que atribuía a sus piernas el sesenta o setenta y cinco por ciento de su atractivo, ello constituía evidentemente una valoración errónea. El resto, enfundado en una estrecha falda gris y en una blanca blusa de punto sin mangas, con un cinturón rojo en la estrecha cintura, era tanto o más importante. En dirección ascendente se encontraba un rostro de líneas audaces, carnosos labios entreabiertos, ojos azules de mirada entre soñadora y maliciosa, y encima una melena de cabello rubio paja que contrastaba con el tono tostado de la tez.

—¿Quién es usted? —preguntó Sam, intriguado.

Ella, consecuente, balanceaba una pierna.

—¿No le han hablado de Sybil Walker?

—Nadie me ha hablado de nadie.

—Me figuro que no habrá habido ocasión. Se suele hablar mucho de mí; esto aparte, tengo a mi cargo el «*snack-bar*».

—¿Aquí?

—¿Dónde le parece? Aquí.

Sam, en la cama, se tendió de costado y se apoyó sobre un codo.

—Hay cosas que no me explico. ¡Un motel, una gasolinera, un «snackbar»! ¿Dónde? En una carretera abandonada, tan solitaria, tan olvidada por la gente que junto a ella ha venido a refugiarse confiado un pájaro a quien los federales buscan por todo el país. ¿Viven ustedes del maná? ¡Infiernos! ¿Quién visita su «*snack-bar*», paloma? ¿Estatuas de arena?

—¿El pájaro confiado es Jerry Latham?

—Sí.

—¿Usted sabe que le buscan los federales?

—Vino en los periódicos.

—¿Sabe él que usted lo sabe y que le ha reconocido?

—¡Cuerno, claro! Le matará.

—¿Cómo al viejo?

Sybil Walker se puso en pie.

Sam arrugó la frente. Sensacional. La clase de criatura que no necesitaba que una faldita y una blusa, que no necesitaba ni siquiera esto. Las tensas curvas de su figura irradiaban un magnetismo femenino agresivo como un bofetón.

Sobre los altos y finos tacones de sus zapatos rojos, la mujer anduvo hacia la ventana y miró afuera.

—¿Quién es usted, forastero?

—Uno a quien llaman Sam Burke.

—¿Nada más?

—Poca cosa más.

Ella se volvió y le miró escrutadoramente.

—¿Cree que es Jerry quien ha matado a Sard?

—Sólo sé que no le gustan las armas de fuego. Me lo ha dicho Abundio.

—Ya.

—¿Y bien?

—¡Oh, nada! Abundio es un animal, pero, puede que no se equivoque. ¿Quién sabe? Jerry le tenía a Sard un poco de miedo desde que... En fin, un asesinato es siempre un misterio; empieza por serlo el hecho de que un hombre se atreva a llevar a la práctica la idea de matar a otro. Claro que llamarle hombre a Jerry es hacerle una fineza...

—¿Desde cuándo le tenía Latham miedo a Sard?

La mujer se aproximó a la cama con aire pensativo.

—Desde que el viejo notó que andaba detrás de su hija.

—¿Andaba?

—Y anda.

—¿Jerry Latham?

—Sí.

—Si yo fuera mujer echaría las tripas por la boca sólo con verle. Sybil sonrió.

—Hay tripas y tripas. Algunas resisten.

—¿Lo dice por la chiquilla? ¿O quizá por usted?

—Lo digo por Kay Dewey.

—¿Otra?

—Una que está aquí —respondió ella vagamente.

Sam cruzó las manos detrás de la cabeza. En pie junto a la cama, la mujer le examinaba sin disimulo, estudiando su persona desde el cabello a los zapatos. Lo que veía no parecía disgustarla.

—Antes he dicho que hay cosas que no me explico —recordó él —: la existencia de este motel y todo lo demás. No es que me importe realmente: lo único que me importa es marcharme; pero algo raro debe de ocurrir.

—Si no le importa déjelo. ¿Quiere saber a qué he venido?

—Quiero saber lo que ocurre aquí.

—¡Cáspita! El emplazamiento junto a una carretera abandonada puede no ser malo. ¿Por qué ha de serlo? Silas Sard tenía, digamos, clientes fieles, clientes fijos, regulares, que venían, que vienen una y otra vez y suelen quedarse una temporada. Y tenía sus propios negocios al margen. Y pocas ambiciones, aparte la de que le dejaran tranquilo.

—¿Cuáles eran sus negocios al margen?

—Negocios.

—¡Vamos, muñeca! ¿Está usted empantanada en ellos?

La rubia reía.

—Negocios, forastero. Simples negocios.

—¿Y esos clientes fieles son todos del calibre de Latham?

—No.

Sam disparó la colilla de su cigarrillo a un rincón haciéndola describir una parábola en el aire.

—Está bien, no pretendo meter las narices. Ahora, sí me sorprende que no las haya metido la policía.

—¿Por qué? El patrullero de servicio en esta zona pasa por aquí una vez al mes, y yo invito a los muchachos a un trago, y Silas les obsequiaba con cigarros. Uno a quien llaman McGonigle dice que éste es el sitio ideal para unas vacaciones: no hay vez que venga y no lo diga. Silas tenía en Saladillo muy buena reputación. En el motel nunca ha habido escándalos, ni juego, ni trifulcas, ni absolutamente nada. No los ha habido jamás. Es un lugar remoto y aburrido, regido hasta hoy por un sujeto pacífico que se conformaba con lo que tenía. ¿Qué quiere usted?

—En el lugar remoto y aburrido hay una rubia.

—Las hay por todas partes.

—No de las fabricadas con detonante, nena, Sé lo que me digo. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Sybil Walter.

—Bueno, pues Sybil Walker no se entierra en el desierto sin una razón de peso. Y si la razón de peso se llamaba Silas Sard, es que el viejo se daba cada día un baño de billetes. La vida es la vida.

—¿Esa opinión se ha formado de mí?

—Ésa misma —asintió tranquilamente Sam—. Y sólo con verla ahí sentada, en esa butaca, nena. Sólo al entrar.

La mujer extendió la mano.

—Vamos, deme un cigarrillo, idiota. Usted ha zurrado hace un rato a Jimmy y a Joe, ¿no es cierto?

Sam le dio el cigarrillo.

—Sí.

—Bueno, detesto a esos gorilas. He pensado que sería usted un tipo simpático y que bien merecía algunas atenciones. —Sybil se inclinó para que él le encendiera el cigarrillo. Se inclinó más de lo necesario. Sus ojos sondearon los de Sam—. Véngase al bar a tomar unas copas, por ejemplo. Se las cargaré en cuenta a Latham.

—¿Soy el tipo simpático que suponía?

Ella se enderezó lentamente. Con gesto estudiado tiró hacia abajo de su blusa de punto.

—Por lo menos es mejor que lo que estos días corre por aquí.

Sam se sentó en el borde de la cama.

—¿Cuántos hombres tiene consigo Jerry Latham?

—Cinco.

—Es de suponer que no vendrían al motel por casualidad; quiero decir que Latham conocería este lugar de antemano, que estaría de acuerdo con Sard...

—¿Eso qué importa?

—¿Bien?

—¡Oh, yo qué sé! Creo que Latham se dirigía a México y por algún motivo no se atrevió o no quiso o no le convino pasar la frontera. Alguien le recomendó el motel. Recuerdo que llamaron a Silas por teléfono el domingo por la noche. Latham y sus gorilas vinieron de madrugada. Silas había dicho que sí, que vinieran. Aceptaron el precio que les exigió.

—¿Caro?

—Naturalmente. ¿Vámonos?

Sam se puso en pie. La mujer, impaciente, fumaba, sonreía, caminaba de acá para allá con un ligero balanceo de caderas.

—¿A usted le interesa el dinero? —preguntó él.

—Otras cosas me interesan más.

—Existe algo que yo pagaría muy bien. Si puede usted proporcionármelo recordará el precio toda la vida.

—Seguro. Porque mi vida será tan corta que no tendré tiempo de olvidarlo.

—¿Quién sabe? Sin riesgo no hay negocio.

—Ése no me conviene.

—No he dicho todavía cuál es.

—¿Me toma por tonta? Lo que usted quiere es que alguien le ayude a escapar. No será mi menda, amigo. Heppy ha acribillado esta vez el coche de Silas. La próxima le acribillará a usted, y a mí si intervengo. No, señor. Abra los ojos. Tiene que quedarse aquí, le guste o no, y más vale que lo haga disfrutando de lo que se le ofrece que rabiando como un crío a quien niegan un dulce.

—Mil pavos —sugirió Sam.

—Ni un millón.

—Me ha preguntado si la tomo por tonta —añadió él tranquilamente—. Sí, nena, por tonta de remate. Debería comprender que este negocio se ha ido al agua después de la muerte de Sard. Un asesinato no puede ocultarse. El policía vendrá y lo revolverá todo. Yo le brindo ocasión de largarse antes de que empiecen los líos y pasar a México con mil pavos más de capital. ¿Sigue pensando que el negocio no le conviene?

Ella le miraba frunciendo el entrecejo. Replicó:

—He oído a Jimmy decir algo de usted muy acertado.

—¿Que no tengo el sentido de las cosas?

—Exacto. No lo tiene. Marcharme a México con mil pavos más de capital y del brazo de un tipo con buena planta, como usted, y no lo digo por darle coba, es una perspectiva interesante. Ofrézcame eso y aceptaré. Pero lo que usted me ofrece son solamente unas cuantas balas de la metralleta de Heppy.

—Nena...

—¡Ni nena ni narices! —exclamó Sybil golpeando el suelo con el pie—. ¿Se viene al bar un rato, o me voy sola?

—¿Le ha ordenado Latham disuadirme del propósito de escapar?

—¿Disuadirle? ¡No me haga reír, muñeco! Escape cuando quiera, que yo no le disuado de nada. Prometo llevar flores a su tumba, eso es todo.

Sam se encogió de hombros con hastío.

—Muy bien, vamos a ver su bar. Quizás unas copas me ayuden a improvisar una solución.

Ella avanzó y le tomó del brazo.

—Mire, cabezota: cualquiera que sea su problema, la solución es quedarse, no escapar. Nadie le molestará aquí. Quienes le buscan no le encontrarán. Está seguro. Latham se marchará dentro de tres o cuatro días y el jaleo habrá terminado. Y además, yo, Sybil Walker, quiero que se quede. No sabe usted aun lo que esto significa.



—Yo, Sybil Walker, quiero que se quede

Sam se dejó conducir hacia la puerta.

—Lo adivino. Pero ¿quién ha dicho que alguien me busca?

—Su actitud lo da a entender.

—Se cuela usted, nena.

—Está bien, no hablemos de ello. —Sybil abrió la puerta.

Exclamó—. ¡Hombre, qué sorpresa! ¿Visita de cumplido?

Jerry Latham se encontraba frente a la cabina. Le acompañaban el inevitable Jimmy y el sujeto que con éste y con Mick le había escoltado antes al aparcamiento.

A través de la puerta abierta la luz de la cabina cayó de lleno sobre el gordito. Sam pudo verle mejor que en ocasiones anteriores. Daba asco, asco de verdad: ahora no cabía duda. Había en él algo monstruoso. Era un niño viejo, fofo, perverso, de facciones ligeramente mongólicas y ojos relucientes de astucia y maldad. Tenía la boca demasiado pequeña, y demasiado roja, semejante a una llaga en mitad de su siniestra y arrugada cara de bebé.

Latham dijo:

—¿Qué cuerno hace usted aquí?

—Ésta es mi cabina —respondió Sam, apartando la vista de él con manifiesta repugnancia—. Así lo ha dicho Abundio, por lo menos.

Sybil se colgaba de su brazo.

—Charlábamos, Jerry. El señor Burke es un hombre de los que a mí me gustan. Le he invitado a unas copas.

El «gángster» se volvió para mirar hacia la carretera, al otro lado de la cual se movían unas luces.

—¿Cuánto hace que estáis juntos?

—¡Oh, rato y rato! ¿Qué fueron esos tiros, Jerry?

—¿Estaba Burke contigo cuando han sonado?

Sybil emitió una risita.

—Claro que sí. En aquel momento me hablaba de su mamá y de una hermanita de catorce años que tiene. ¡Fíjate, Jerry! Tanta diferencia de edad, ¿eh? Su hermana casi podría ser...

Latham la miraba con recelo. Interrumpió:

—¿No me engañas?

—¿Por qué habría de engañarte?

—Estoy seguro de que era Burkner quién escapaba en el «Ford», pero no quiero aventurarme. ¡Chuk! Reúne a la gente y comprobaremos si falta alguien. ¡Date prisa!

—¿De modo que ha habido quien intentara escapar? —preguntó Sam burlonamente—. Latham le pronostico complicaciones mayores que las de Kansas City. Cargarse al viejo ha sido un error. Que lo diga Jimmy.

Jimmy dijo:

—Usted lo que no tiene es el sentido de las cosas.

—¿Ahora tampoco?

—El jefe no se ha cargado a Sard. ¿Verdad, jefe?

—¡Cierra el pico, hipopótamo! —exclamó Latham.

Sybil tiró del brazo a Sam.

—Vámonos, encanto.

CAPÍTULO V

El bar estaba en el flanco del edificio principal a aquél en que había aparecido el cadáver de Silas Sard. Se abría a una veranda con flores.

Sybil encendió las luces y conectó la radio.

—El mundo es nuestro —anunció, extendiendo los brazos—. Pida lo que quiera, señor Burke. ¿O prefieres que te llame Sam?

La búsqueda al otro lado de la carretera había cesado: Sam podía verlo desde el ángulo de la veranda. Ya no había linternas en movimiento.

—Lláname lo que gustes —respondió—. ¿Quién más, aparte de Latham y su quinteto, se hospeda en el motel? Antes mencionaste a una mujer.

—¡Cáscaras, Sam! ¡Ven acá y hablemos de otra cosa! ¿Qué te sirvo?

Sybil estaba anudándose un delantal detrás de la barra. Él se aproximó desganadamente.

—Sírreme de lo que tengas más. ¿Quién es ella?

—¿Kay Dewey?

—Sí.

—Una cerda.

—Además de una cerda.

—Pues alguien que suele venir por aquí.

—¿Cliente habitual?

—Sí. ¿*Bourbon*, Sam? Paga Jerry Latham.

—¿Cada cuándo viene? ¿Cuánto tiempo se queda?

Sybil elevó el volumen de la radio. Un piano soltaba notas vibrantes.

—¡Lemmy Tristano! ¡Escucha esto! ¡Qué maravilla!

—Está bien —dijo él.

Dio media vuelta y se alejó.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

—A la reunión que ha convocado Latham.

—¡Sam! ¡Aguarda, Sam! ¡Eh, Sam!

La reunión se celebraba en el vestíbulo, donde se oían voces. Cuando Sam entró Jerry Latham increpaba a Chuk, un individuo de cara difícil y nariz de boxeador:

—¡Es ella precisamente quién más me interesa! ¡Si alguien ha escapado, ella ha tenido que ser! ¡Ve y tráela enseguida, idiota!

Chuk protestó:

—Jefe, dice que...

—¿La has visto acaso?

—No.

—Seguro que no está. Seguro que ha sido ella. ¡Te desollaré vivo si no la traes, Chuk!

Sonó la obscura voz de Abundio:

—Han matado a su padre, señor. Tenga usted un poco de respeto.

—¡Chuk! —insistió Latham sin hacerle caso.

Chuk salió.

Sam retrocedió y salió detrás de él.

Le dio alcance a los pocos metros. Apoyó una mano en su hombro en el instante en que, habiéndole oído llegar, el pistolero se volvía.

—No corra tanto, hermano.

Chuk le miró a los ojos. Su cara maltrecha tenía una expresión especial que Sam comprendió era miedo.

—Procure... no meterse...

—Cállese. Y lárguese a tomar el fresco por ahí. Latham se refería a la hija de Sard, ¿no?

—Mire que yo...

Sam movió bruscamente los dedos de la mano que mantenía apoyada en el hombro del individuo. No semejó haber realizado esfuerzo de ninguna clase. Sin embargo, con un gemido jadeante, Chuk se encogió de rodillas. Quedó como paralizado, la cabeza inclinada a un lado, la boca entreabierta.

Hurgando tranquilamente en el interior de la cazadora de tejido que el pistolero vestía, Sam encontró una funda axilar y extrajo de ella una negra y sólida «Luger». Con el arma dio a Chuk un golpe en

la boca que le derribo de espaldas, devolviéndole el habla y haciéndole mugir de dolor.

Luego quitó el cargador, abrió la recámara y vació todos los proyectiles en la palma de su mano. Se los echó al bolsillo. Montó de nuevo el arma vacía y se la arrojó al pistolero; le atinó en el estómago y cortó en seco sus mugidos.

Regresó al vestíbulo del edificio principal y permaneció apoyado en la pared junto a la puerta.

—Pueden marcharse —decía Latham.

Le acompañaban Jimmy y Mick.

Había, ellos aparte, seis personas, una de las cuales era Sybil, que había acudido procedente del bar, y otra Abundio. Detrás de éste se encontraba una mujer de tez cobriza y físico exuberante, con el cabello negrísimo recogido en dos trenzas; sin duda su esposa, la Simona que una vez mencionara en presencia de Sam.

Éste trasladó su mirada a los tres personajes restantes: otra mujer y dos hombres. La mujer era rubia cenicienta; vestía una blusa blanca con las mangas arrolladas, ajustados pantalones negros, un cinturón dorado. Calzaba chinelas de alto tacón, también doradas. Tenía una figura soberbia, arrogante, de un atractivo casi malsano, y estaba en aquel punto de plenitud vital turbadora que algunas mujeres alcanzan cuando su edad inicia la treintena. Su carnosa boca y sus ojos verdes mostraban como el reflejo de una apasionada avidez.

Los dos hombres eran morenos. Uno tenía el rostro huraño, con un gran bigote y un flequillo oblicuo caído sobre el lado derecho de la frente; era alto y estaba negligentemente vestido con un pijama de color crema. El otro lucía una camisa deportiva amarilla y pantalones téjanos; era más bajo, flaco, de rasgos indios, con una intensa mirada en los ojos negros y muy juntos.

Los primeros en abandonar el vestíbulo fueron Abundio y la mujer exuberante. El mestizo entornó los párpados al ver a Sam.

—La señorita quiere hablarle, señor —murmuró al pasar por su lado. Dejó que la mujer se alejara unos pasos y añadió, casi inaudible—: Y yo también.

—Okey —asintió Sam.

Estaba mirando a la rubia, deleitándose con su manera de caminar. Ella no le había visto. Se dirigía, no hacia la puerta de

salida y sino hacia el bar, dándole la espalda.

Uno de los hombres morenos la siguió. El otro, el que estaba en pijama, marchó en pos de Abundio y su esposa. Sus ojos hostiles perforaron a Sam al trasponer el umbral de la puerta. Su bigote se movió como si mascullase algo.

—¿Qué ocurre con Chuk? —inquirió la voz aflautada y nerviosa de Latham—. Ve a verlo, Mick. —Se volvió y descubrió a Sam—. ¿Qué hace usted ahí?

—Mirar. Y no se preocupe por Chuk. Lo peor que puede pasarle es que se le hayan roto algunos dientes y, por supuesto, que se le hinchen los morros.

—¿Qué diantre...?

—Recuerde lo que ha dicho el mestizo: a la chica le han matado el padre y hay que tener con ella un poco de respeto. Por lo demás, era yo quien estaba en el «Ford». Sybil le tomaba a usted el pelo cuando afirmó lo contrario.

El gordito palideció.

—Burke, usted se la está buscando. Usted se la busca. Luego...

—¿Y qué quiere, Latham? Usted me fastidia a mí. Es lógico que, a cambio, procure yo fastidiarle en lo que puedo. ¿O imagina que si no me deja marchar voy a quedarme aquí tan feliz, bebiendo unas copas y expansionándome con esa muñeca del bar? ¡Vamos!

—¡Sólo le digo que usted se la ganará! ¿Qué le ha hecho a Chuk? ¡Mick! ¿No te he enviado a verlo?

Mick, que se hacía el remolón, salió mirando a Sam de reojo.

Éste dijo:

—Le advertí antes que matar al viejo había sido, un error. Usted estaba aquí tranquilo y seguro. Ahora está sentado encima de un volcán.

—¡Yo no le he matado, idiota!

—¿Quién, entonces? Usted detesta las armas de fuego, y a Silas Sard le han rebanado el cuello con un arma blanca. El viejo accedió a ocultarle aquí si le pagaban bien, pero mudó de opinión cuando usted comenzó a perseguir a su hija. Usted sabía, temía que podía denunciarle la policía de Saladillo de un momento a otro. Simplemente, se ha anticipado a que lo hicieran.

—¡Todo aclarado! —exclamó el gordito, furioso—. Bueno, suponga que es así; tanto mejor. Le dará una idea de lo que le

espera si insiste en crearme problemas. Ya que su inteligencia privilegiada le ha permitido aclarar la verdad, aplíquela ahora a conservar el pellejo.

Mick entró en aquel momento sosteniendo a Chuk. Éste se tambaleaba; sus ojos tenían una mirada vidriosa y su boca sangraba abundantemente. La sangre le había puesto la ropa perdida.

El rostro de Latham, que estaba blanco, adquirió un matiz violáceo.

—¿Qué le parece? —preguntó Sam.

El gordito no podía pronunciar palabra.

—Usted no tiene el sentido de las cosas —dijo roncamente Jimmy.

Sam le miró.

—Ni usted y sus amiguitos tampoco. Si lo tuvieran repararían mi coche y me despacharían hacia la frontera para que les dejase tranquilos. Pero no. Prefieren hacer caso del histerismo de esa basura de su jefe y convertir esto en una guarida de demonios.

—¡Pégale un tiro, Jimmy! —chilló Latham.

Jimmy titubeó.

—Ya le oye. —Sam sonreía sarcásticamente—. Pégueme un tiro y corra a llevarle a él un frasco de sales. ¿Qué es lo que espera?

El gigantón miró perplejo a su jefe y luego a Mick y a Chuk. Mick sacó el labio inferior en una mueca entre dubitativa y desdeñosa.

Latham, con los puños apretados, estaba dominándose.

—¡Eh, muchachos! —llamó súbitamente Sybil con desenfado, desde el paso que comunicaba con el bar—. ¡Venid a animar un poco esto! ¿A quién le apetece una copa? ¡Jerry, seguro que tú la necesitas!

Sam rió en silencio.

Sin esperar a presenciar la reacción del «gángster» abandonó el vestíbulo y salió al exterior.

Se preguntaba dónde residiría Lena Sard, dónde habría residido su padre puesto que aparentemente no era en el edificio principal. Entonces, rodeando éste, descubrió unas luces en la parte de atrás, a medias ocultas por algo.

Lo que las ocultaba, según vio al avanzar en aquella dirección, era un seto. Las luces brillaban en un «*bungalow*» distanciado

cincuenta o sesenta pasos del edificio.

Era allí.

La mujer exuberante debió de oírle subir los peldaños de la veranda, pues salió enseguida a ésta. Dijo con fuerte acento mexicano:

—Por aquí, señor.

El conjunto del motel no era nuevo, pero el mobiliario del «*bungalow*» lo era menos aún. Daba la sensación de haber sido trasladado desde una vivienda urbana. Su estilo años veinte resultaba tan poco apto para el campo, para el desierto, como una nevera lo hubiera resultado para invernar en el Polo.

La muchacha estaba en pie junto a un horrible secreter, los brazos colgantes a lo largo del cuerpo, la mirada fija en la puerta por donde entraba Sam en pos de la mujer.

No era una niña. Sam la veía por vez primera a plena luz, y quedó asombrado. ¡Qué iba a ser una niña! Tendría dieciocho o veinte años y la apariencia tierna, fresca y fragante del capullo que acaba de convertirse en rosa. Llevaba un sencillo vestido de algodón blanco que enfundaba con naturalidad la gracia punzante de su figura. Su cabello castaño, su belleza un poco selvática y sus ojos pardos, enormes, apasionados, profundos, poseían un atractivo elemental que turbaba como el aroma de la tierra húmeda, como el perfume de un bosque después de un chaparrón de primavera.

La exuberante Simona se retiró.

—Me llamo Lena Sard —dijo la muchacha.

Estaba serena. No se notaban huellas de llanto en su rostro.

—Lo sé —asintió Sam.

Algo hervía dentro de él. El recuerdo de lo que le habían contado de Jerry Latham y de su interés por aquella criatura.

Un recuerdo nauseabundo.

—¿Quiere sentarse, señor Burke? Puedo ofrecerle algo de beber, o no sé, ¿cualquier cosa?

—No se moleste. Prefiero que me diga lo que espera de mí. Y me gustaría que lo hiciera pensando que de mí no puede esperarse mucho.

La joven no se movía, no mudaba de actitud.

—Lo lamento.

—¿Por qué?

—Abundio me ha contado lo que le pasa, me ha hablado de la fricción que existe entre Jerry Latham y usted. Quería ante todo excusarme por el modo como le traté antes. En aquel momento no estaba...

—No se preocupe.

—Usted me ofreció su ayuda.

—Sí.

—Bien, quería igualmente decirle que la acepto.

Sam miró en torno.

Había al lado de las ventanas unas butacas tapizadas de raso dorado y gris, deshilachado en algunos sitios por el roce. Fue y se sentó en una.

La muchacha se acercó.

—¿Mi ayuda para qué? —preguntó él, mirándola fijamente—. ¿Acaso para escapar de aquí?

—No. Eso es imposible.

—No lo sería si sumáramos nuestros esfuerzos, si usted convenciera a Abundio, y sobre todo si alguien más se nos agregase. Los hombres de Latham me temen. Puedo fácilmente conseguir un arma. Basta con disponer de un coche que funcione bien; si alguien se encarga de sacarlo a la carretera, yo me cuido de anular al centinela que Latham haya colocado allí.

Lena preguntó pensativa:

—¿Usted sabe lo que es el miedo?

—Lo sé perfectamente: un sentimiento como tantos otros, que si uno se esfuerza consigue dominar.

—Admiro su valor, señor Burke, pero sigo creyendo que en estos momentos escapar de aquí es imposible. No, no. Mi idea era pedirle ayuda para una cosa distinta.

—A ver.

—Por favor, averigüe quién ha matado a mi padre.

Sam bajó los ojos. Al cabo de un momento dijo:

—Ha sido Latham.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo deduzco.

—Pruébelo, entonces.

—Costará poco probarlo el día en que Latham comparezca ante un jurado. Y la única forma de que comparezca es que esta misma

noche escapemos de aquí para dar aviso a la policía de Saladillo. O que la llamemos por teléfono. O que alguien...

—El teléfono ha sido cortado —interrumpió Lena.

—¿Por Latham?

—No lo sé. Atiéndame, señor Burke. —La muchacha se sentó en el brazo de una de las butacas—. Jerry Latham pasará aquí dos o tres días más; quizá no tantos, porque la situación se le ha puesto difícil. En cuanto él se marche se marcharán todos, y después de lo que ha pasado estoy segura de que a ninguno podremos volverlo a encontrar. Es ahora, únicamente ahora, mientras están todos aquí, cuando debemos aclarar quién y por qué ha asesinado a mi padre.

—¿Quién? —replicó Sam con aspereza—. Pues Jerry Latham. ¿Por qué? Porque el padre de usted se disponía a delatarle a la policía. ¿Motivo de la decisión de su padre? El hecho de que esa repugnante babosa anduviera en pos de usted. El precio que Latham venía pagando estaba bien como hospedaje, pero no como derecho a ensuciarle a uno la hija. Si quiere las cosas claras, nena, claras las tendrá.

La joven se ruborizó ligeramente.

—Usted no conoció a mi padre.

—¿Qué quiere decir con ello?

—Nada. Nada en especial. Señor Burke, no niego que su explicación sea plausible: a mí misma se me ha ocurrido. Sin embargo, creo que aquí ha estado pasando algo muy grave, algo cuya naturaleza ignoro, y que la muerte de mi padre ha sido la última consecuencia. ¡Necesito descubrir a su asesino! ¡Quiero saber quién es y tener pruebas contra él antes de que Jerry Latham se marche! ¡Quiero que sea castigado!

Sam consultó su reloj.

—Si dentro de quince minutos le he descubierto y tengo las pruebas, ¿me ayudará usted a escapar?

—¿Quince minutos? ¿Está loco, señor Burke?

—No estoy loco. Ingeniería usted para atraer a Latham y consiga que él y yo nos quedemos solos en algún lugar donde sus hombres no puedan oírnos. Palabra que en diez minutos firmará una confesión. Palabra, nena. Dentro de unas horas puede presentarse al jefe de policía de Saladillo con la confesión en la mano.

Lena Sard se levantó del brazo de la butaca y, con expresión preocupada, dio unos pasos sin rumbo fijo. Finalmente, en silencio, sin haber mirado a Sam, abandonó la habitación.

Regresó muy pronto, cuando él acababa de encender un cigarrillo y estaba echado atrás en la butaca, fumando con los párpados entornados.

Llevaba en una bandeja botellas, vasos y un recipiente de hielo.

Siempre sin hablar preparó un «highball» bien cargado.

—Tome, fanfarrón —dijo.

Sam no se movió.

—¿Qué pasará si soy abstemio?

—No lo es. Bebe porque le parece que hace hombre.

—¿Se ha vuelto sarcástica de repente, nena?

—Empiezo a conocerle, eso es todo. La impresión que ha causado en el pobre Abundio ha hecho que me formara una idea equivocada de usted.

—Bien, así es —asintió él burlonamente. Tomó el vaso que ella le ofrecía—. Me he dado perfecta cuenta, pero no me atrevía a decírselo para no echar agua fría sobre sus ilusiones. Yo no sirvo para descubrir al asesino de nadie. Pedirme que haga semejante trabajo es como encargarle el tallado de un diamante a un picapedrero.

La muchacha le miraba con frialdad.

—El trabajo tenía una segunda parte.

—¿Cuál?

—Protegerme de Jerry Latham. No puedo contar más que con Abundio y Simona. Había pensado...

—Había pensado que encontraría en mí a un caballero.

—¿No lo es?

—No. Algunas cosas me dan asco, pero es cuestión de pituitaria, no de caballerosidad.

Lena, absorta, unía y desunía las manos.

—Lo que no haría por caballerosidad, ¿lo haría por dinero, señor Burke?

—No necesito dinero.

—¿Hasta qué suma no lo necesita?

—¿Qué quiere decir?

La joven retrocedió hacia el secreter, abrió éste e inspeccionó

uno de sus compartimientos. Tomó una hoja de papel que depositó ante Sam en la bandeja de las bebidas.

El cogió la hoja, la miró y enarcó las cejas.

Era el saldo semestral de una cuenta bancaria. ¡Sumaba setecientos noventa y tres mil dólares!

Los titulares de la cuenta eran conjuntamente Silas Sard y su hija.

—¿Cómo es posible? —exclamó.

—¿Tanto dinero? —preguntó ella a media voz—. Hay mucho más. Hay casi tanto invertido en bonos federales y acciones de compañías siderúrgicas y petrolíferas. Esto es parte de lo que aquí ha estado ocurriendo, de lo que le he dicho que no alcanzo a comprender.

—Jesús —murmuró Sam pasmado. Estaba pensando en Sybil Walker—. Un baño diario de billetes... En adelante podrá usted hacerse los trajes con tela de oro puro, nena. No está mal. No está mal.

Lena Sard movió la cabeza negativamente.

—De ese dinero no quiero ni un centavo.

CAPÍTULO VI

Sam se bebió sin respirar el «highball» casi entero, fresco, cargado, burbujeante.

—Regálemelo a mí —sugirió.

La muchacha no dio señales de haberle oído. Se sirvió un vaso de soda sola y tomó asiento en la butaca frente a él. Cruzó las piernas. No como Sybil Walker las hubiera cruzado, pero las cruzó.

Comenzó a hablar como si lo hiciera consigo misma.

—Desde que era niña, tan atrás en mi vida como me alcanza la memoria, mi madre me inculcó la idea de que mi padre era un sinvergüenza, un perdido, un ganapán, un sablista, un muerto de hambre. La había abandonado poco después de nacer yo. Durante muchos años ni ella ni yo, por lo menos que yo sepa, tuvimos noticias suyas. Vivíamos en Milwaukee. Mi madre era directora de la Biblioteca Municipal. Yo asistía a la Escuela Superior. Así hasta que ella murió, el otoño pasado.

—¿Por qué me cuenta eso? —preguntó Sam.

La joven no contestó a la pregunta.

—Súbitamente, a los pocos días de la muerte de mi madre, mi padre apareció en Milwaukee —siguió diciendo—. Fue para mí un golpe conocerle, y su presencia me creó una situación difícil. Me pareció distinto a como le había imaginado, llegué a pensar que mi pobre madre no había sido justa en las raras ocasiones en que me hablaba de él. Se mostró afectuoso, comprensivo, tenía dinero, y era mi padre. El y mi madre nunca se habían separado legalmente. Yo era menor de edad. ¿Qué quiere usted? Dispuso que me trasladara a Chicago y terminase mis estudios en el mejor colegio que encontró. Pasamos dos semanas juntos. Antes de dejarme me dio a firmar un papel, me entregó un talonario de cheques y me dijo que había convertido en conjunta su cuenta bancaria y que podía disponer de cuánto dinero necesitara. Luego me visitó aproximadamente cada

dos meses. Cuando terminó el curso y me gradué vino en mi busca y me trajo aquí. Aquí estoy todavía. —Lena levantó la mirada y la fijó en los ojos de Sam—. ¿Me ha preguntado por qué le cuento esto?

—Sí.

—En primer lugar, porque hasta esta noche, hasta hace un momento, no tenía idea del dinero que mi padre poseía. En segundo porque, sumado a las cosas que he visto desde mi llegada, el dinero constituye un enigma del que el asesinato de mi padre puede ser la incógnita final.

—¿Qué estudiaba usted en la Escuela Superior?

—Lo que todos estudian. ¿Por qué?

—No sé, por su modo de hablar y de comportarse. No estoy acostumbrado a las muñecas de su estilo.

La muchacha frunció el entrecejo.

—¿A qué se dedica usted, señor Burke? ¿Qué es usted?

—Soy aproximadamente lo que su madre le decía que era su padre. —Sam apuró el contenido de su vaso—. Bueno, siga con el disco. Ahora ya no puedo desilusionarla.

Ella titubeó. Al cabo de un momento dijo:

—Este motel no es lo que parece.

—¿Y qué parece?

—Me refiero...

—No sea ingenua, criatura. Nadie explota un motel junto a una carretera abandonada, y nadie, por supuesto, gana millón y medio de dólares explotándolo. No me descubra usted la pólvora. Al minuto de estar aquí sabía yo que el motel es sólo la fachada de otro negocio.

—¿Cuál, señor Burke?

—Dígamelo.

—No, yo no lo sé. Sospecho que se trata de alguna especie de contrabando, pero para pensarlo me fundo únicamente en que la frontera está cerca y en que pasan por aquí personas muy extrañas.

—¿Extrañas en qué sentido?

—Extrañas para mí, comparadas con la gente que he tratado toda mi vida. Quizás usted las juzgue de otro modo. ¿Quiere que le prepare otro *highball*?

Sam movió afirmativamente la cabeza.

—Gracias. —Tendió el vaso vacío—. ¿Qué dice Abundio de todo

esto?

—Nada. Nunca he conseguido arrancarle una palabra, ni siquiera ahora.

—Pero ¿sabe de qué va?

—Seguro. Tiene que saberlo. Llevaba, según creo, cerca de veinte años junto a mi padre.

—¿Y Simona?

—Simona, la pobre, es como una planta: vida vegetativa y nada más. No sabe nada, no entiende nada, no se entera de nada, no le interesa nada. Sangre india. —La muchacha había preparado la bebida—. ¿Más hielos?

—Está bien. ¿Qué hace aquí Sybil Walker?

—Cuida del «*snack-bar*».

—¡No me diga! —rió Sam—. ¿Qué hace realmente? Es una muchacha, la única persona residente en el motel de edad aproximada a la de usted. Sería lógico que hubieran trabado amistad, que ella le contase...

Lena se mordió los labios.

—No me gusta Sybil.

—Lo imagino. A pesar de todo... Diga, con franqueza, ¿había, o le parece a usted que había algo entre ella y el padre de usted?

La muchacha miraba al suelo.

—Lo pensé al principio.

—¿Y bien?

—No lo había. En todo caso, no en el sentido que usted sugiere. Probablemente había una relación comercial.

—Sí, el contrato de arrendamiento del «*snack-bar*» —dijo Sam con sarcasmo—. No puede ser. Esa chica no encaja en el cuadro, a no ser que desempeñe un papel importante en el negocio que el motel encubre.

—No lo sé, señor Burke.

—Conforme, dejémoslo. Hábleme, por ejemplo, de Kay Dewey.

Lena no dijo nada.

El la miró con sorpresa.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha quedado sin voz?

El silencio de la muchacha se prolongó todavía unos instantes.

—No —concluyó diciendo—. Es que no es fácil hablar de Kay Dewey.

—¿Por qué?

—Porque nunca había conocido a nadie que se le pareciese.

—¿Anda cabeza abajo o algo así? Yo no he visto en ella nada que no tengan otras rubias cenicientas de treinta años cumplidos.

—Usted y yo, señor Burke, pertenecemos a mundos diferentes.

—No es necesario que me lo recuerde a cada momento —replicó él con una mueca—. ¿Esa pájara está aquí en calidad de huésped?

—Aparentemente sí.

—¡Infierno, nena, prescinda de subterfugios!

—No son subterfugios. Es que no veo claro, señor Burke. Hay en el motel tres huéspedes: la señora Dewey y dos mexicanos que se llaman Ortiz y Monasterio. Ella llegó el pasado viernes por la noche, ellos un día antes. Han estado aquí otras veces y todas ellas han coincidido, unas la señora Dewey con los dos, otras con Ortiz o con Monasterio solos; quizá seis veces desde que yo vine de Chicago. Los tres tienen algo que ver con los negocios de mi padre. Estoy segura, completamente segura. Se reunían con él, hablaban, discutían. Sé positivamente que mi padre les consultó antes de consentir en que viniera, a hospedarse Jerry Latham.

—Hablaban y discutían con su padre —repitió Sam, saboreando el nuevo *highball*—. ¿De qué?

—Nunca pude escucharlo. Me pareció en cierta ocasión que de cuestiones de dinero.

—¿Ortiz y Monasterio proceden del otro lado de la frontera?

—Sí.

—¿Y la rubia?

—De Los Ángeles. La he oído lamentarse de no encontrar por el camino más que desiertos: el Gila, después el Mohave...

—¿Ha habido, durante el tiempo que usted lleva en el motel, otros visitantes del mismo estilo?

—Media docena.

—¿Todos han venido varias veces?

—Todos.

—¿También otros mexicanos?

—Dos más.

—¿Otras mujeres?

—No, el resto eran hombres.

—¿Suelen traer paquetes? ¿Le entregaban algo a su padre?

¿Mencionaban alguna mercancía?

—Si era así, nunca lo he presenciado.

—¿Pues qué hacía usted, muñeca? ¿Dormir? El motel ocupa un espacio reducido y está aislado en medio del desierto, junto a una carretera sin tránsito. El bar de Sybil es el único punto de reunión posible y el único lugar donde se puede comer alguna cosa. No existen otras diversiones que la radio y la televisión. Las pocas personas que acostumbra a haber aquí tienen que convivir a la fuerza, tienen que verse y encontrarse por todas partes, tienen que hablar de esto y de lo otro. Sin embargo, usted se refiere a ellas como si vivieran en la otra punta del país.

Lena levantó vivamente la cabeza.

—Usted lo ha dicho: para mi vivían en la otra punta del país. He dedicado todo mi tiempo a leer y estudiar. Simona cuida de mis cosas y me prepara la comida. Apenas he tenido trato con esa gente.

—¿Se da de menos?

—No, pero no les necesito. Estoy preparándome para ingresar en la universidad el próximo semestre.

—Ya. Altos vuelos intelectuales y toda esa mandanga. ¿Qué tareas desempeñan en el motel Simona y Abundio?

—El cuida del surtidor de gasolina, del lavado de la ropa y de los suministros. Simona se ocupaba exclusivamente de esta casa, era la sirvienta de mi padre y lo ha sido mía desde que llegué.

—El surtidor de gasolina está cerrado.

—Se equivoca, está abierto. Prácticamente nadie utiliza los servicios de la estación, pero funcionan. Mi padre avisaba por teléfono a Saladillo cuando se le vaciaba el depósito, y desde allí le enviaban un camión-cisterna para volverlo a llenar.

—¿Ha presenciado usted la operación?

—Una vez.

—¿Hubo algo raro?

—No noté nada.

Sam apuntó a la ventana abierta y disparó a través de ella la colilla de su cigarrillo.

—Nena, su capacidad para enterarse de lo que ocurre en derredor no es muy superior a la de Simona, y sin embargo, está segura de que en el motel se oculta un secreto. ¿Por qué? Su padre pudo perfectamente ganar en otro lugar y en otra época el dinero

que tenía y luego haber venido aquí a disfrutar de paz y soledad. Hay gustos para todo.

—¡Pero le han matado, señor Burke!

—Sí. Y usted no parece dispuesta a creer que lo haya hecho Jerry Latham, que sería lo más razonable.

—Yo no digo...

—No, usted no lo dice. Usted no dice nada. Ahora bien, ¿cuál es su idea? Prefiere pensar, ¿no es así?, que el asesinato de su padre se ha cometido, no como consecuencia de la presencia de Latham, sino de sus misteriosos negocios.

La muchacha fijaba la mirada en el fondo de su vaso de soda.

—Quizá.

—Pues Jerry Latham es un anormal, y juraría que lo es en muchos aspectos; basta con verle para notarlo. ¿Le han hablado de estas cosas en la Escuela Superior? Un asesinato es lo menos que puede esperarse de él.

Hubo un silencio.

—¿Me permite una sugestión? —dijo luego Lena.

—A ver.

—Trate de conseguir que la señora Dewey le explique qué pasaba entre ella y mi padre; y por qué esta tarde discutieron tan violentamente, por qué ella salió de su despacho con el rostro encendido, por qué a mi padre, después, le temblaban las manos como si estuviera enfermo...

—¿Eso ocurrió esta tarde?

—Hacia las seis.

—¿Alguien se enteraría del tema de la discusión?

—Lo dudo.

—¿Y su padre se mostró después alterado?

—Muy alterado. Le vi servirse tres dedos de *brandy*. Se encerró en su despacho y no vino a cenar.

—Usted le tiene ojeriza a Kay Dewey —dijo Sara, pensativo—. Es curioso. Sybil Walker se la tiene también, y usted se la tiene a Sybil. Para tres mujeres de buen ver que hay aquí, sus relaciones no pueden ser peores. ¿Qué pasa? ¿Envidia? ¿Celos?

—No pasa nada —respondió Lena secamente.

—¿De veras? Sybil me ha dado a entender que Kay Dewey anda más o menos detrás de Latham, y uno ha visto en su vida tantas

cosas disparatadas que incluso eso sería capaz de creer. Pero resultaría grotesco que fuera el pobre Jerry la causa de la poca simpatía que se profesan ustedes.

La joven se puso impulsivamente en pie.

—Delira, señor Burke. —Pareció arrepentirse de su impulso, y para disimularlo se sirvió más soda—. Miró a Sam a la cara. —Bien, ésta es la situación. Le he pedido que averigüe quién ha matado a mi padre y que me proteja contra Latham. Si accede a hacerlo pagaré el precio que usted mismo determine. No apelo a su caballerosidad ni a ninguno de sus posibles sentimientos elevados. Soy una mujer rica, no una huérfana desvalida y atribulada.

—¿Me pagaría setecientos noventa y tres mil dólares?

La mirada de ella no se apartó del rostro de él.

—¿Tomaría ese dinero sobre su conciencia? —replicó.

—¿Qué es la conciencia, nena?

La muchacha respiró profundamente.

—Asómbrese: se los pagaría. Si se confirma la impresión de que la fortuna de mi padre ha sido adquirida por procedimientos vergonzosos no quiero tocar de ella ni un centavo, y no lo digo por decirlo. El dinero no me interesa ni me importa. Desde que era niña me han inculcado...

—Imagino lo que le han inculcado. Ahórrese el esfuerzo de inculcármelo a mí.

—Nada más lejos de mi intención, señor Burke. ¿Accede a lo que le he pedido?

Sam apuró el contenido de su vaso, lo dejó sobre la bandeja y se levantó perezosamente de la butaca.

—No —respondió.

Los ojos de la joven se ensombrecieron. Le temblaron los labios.

—¿Por qué no?

—Porque no creo en cuentos de hadas. Nadie suelta el dinero de ese modo, nadie en el mundo, muñeca. Cuando llegue la hora de la verdad usted no me pagará ni cien pavos, sobre todo si lo que descubro no es lo que, en el fondo, usted desea que descubra.

—¡Le juro que sí! ¡Extenderé un cheque ahora mismo!

—Papel mojado.

Lena avanzó hacia él y apoyó una mano en su pecho.

Su vecindad era peligrosa. Demasiado joven, demasiado

palpitante de vida, demasiado femenina bajo la envoltura de su ligero vestido blanco.

Sam hizo que sus labios dibujaran una sonrisa fría y funcional.

—Mire, señor Burke —dijo ella. Señaló una de las puertas de la habitación—. Allí está el cuerpo de mi padre. No podemos tenerlo en casa con el calor del día y habremos de enterrarlo como se entierra a un animal, sin servicio religioso, en una simple fosa excavada en la arena. Por favor le suplico...

—Suelte la cuerda sensible, paloma. Ni hablar.

—¡Por favor!

—¡Por favor narices! ¿No se da cuenta de que estoy harto de esto? Cueste lo que cueste, esta noche me marcharé de aquí. ¡Infiernos! ¿Quiere ahora tener la amabilidad de llamar a Abundio?

La muchacha retrocedió un paso.

—¿A Abundio?

—Sí.

—No conseguirá nada de él. Yo misma...

—Usted opina de una manera, yo de otra.

—Si Abundio quisiera decir algo me lo habría dicho a mí.

—No estoy pensando en el asesinato de su padre. Abundio sabe perfectamente, como lo sabe usted y lo saben todos, que mi única idea es largarme de este condenado lugar. Hace un rato, cuando me ha comunicado que usted quería hablarme, ha añadido con gran misterio que él también; y no puede querer hablarme más que de una cosa: mi fuga. Antes le había ofrecido mil dólares si me ayudaba.

—Está bien —asintió Lena con gesto cansado—. Siga usted adelante con lo suyo, señor Burke, y buena suerte; he sido una tonta haciendo caso de su ofrecimiento.

—Era un ofrecimiento relativo.

—Sí, como guste. A Abundio le encontrará en la estación de gasolina.

—Gracias —dijo él. Titubeó. Con un esfuerzo mental evocó la imagen de las tres piedras que había colocado sobre la arena para señalar el escondrijo de su portafolios. ¡La gran ocasión! Cincuenta mil dólares, y aquella mocosa alardeaba de desdeñar casi ochocientos mil—. No correspondo a su deseo de buena suerte porque usted no la necesita. La mejor suerte del mundo no

devolvería la vida a su padre. ¿Y lo demás qué, nena? ¿Lo demás qué?

Ella no contestó.

Sam la miró largamente. Luego dio media vuelta y se marchó.

Salió por la veranda, como había entrado.

Se detuvo en seco al percibir en la sombra del *bungalow* un movimiento furtivo. Allí había alguien. Alguien trataba de disimular su presencia arrimándose a la pared.

Saltó en aquella dirección.

Era Jerry Latham.

Los ojos del gordito, muy abiertos, destilaban terror en la oscuridad.

—¿Solo? —preguntó Sam entre dientes.

—Lárguese —replicó débilmente el gángster—. ¿Qué pasa? ¿Se cree el amo? ¡Lárguese y déjeme en paz!

—No quiero verle por aquí, Latham. A ver si me entiende: le prohíbo acercarse a Lena Sard. Se lo prohíbo bajo pena de la vida. Si vuelvo a encontrarle rondando le mataré aunque se esconda detrás de su cuadrilla de haraganes.

Latham respondió una obscenidad.

Sam apoyó la mano plana en su cara, empujó violentamente y le derribó al suelo de espaldas. Allí se quedó, pataleando, gimiendo, escupiendo babeantes insultos.

Igual que un sapo panza arriba.

CAPÍTULO VII

Sam llegó a la estación de gasolina.

Caminaba con aparente indiferencia, pero en realidad con todos los sentidos despiertos. Sabía que a corta distancia, en las tinieblas de la carretera, uno de los hombres de Latham, probablemente Heppy con su metralleta, aguardaba la ocasión de freírle a balazos.

En la estación no había luces. Todo estaba tan oscuro y cerrado como lo viera en ocasiones anteriores.

—Abundio —llamó a media voz.

No obtuvo respuesta.

Desplazándose a lo largo de la construcción distinguió al otro lado de la carretera la brasa de un cigarrillo.

—¡Heppy! —dijo en voz más alta.

—¿Qué quiere? —respondió el hombre—. Le tengo encañonado, ¿sabe? Vuelva adentro.

—Busco al mestizo. Me han dicho que le encontraría aquí.

—¡Historias! ¡Vuelva adentro!

—¿No ha venido?

—Por aquí no ha asomado la jeta.

En cierto modo era lógico: a Sam no se le ocurría qué podía hacer Abundio en la estación a aquella hora de la noche.

Entonces, ¿por qué había engañado a Lena Sard?

—¡Heppy! ¿Qué le parecería una buena cerveza en el bar de Sybil, fresca y espumosa? ¿Qué me dice, hermano?

Heppy pronunció una maldición.

—¡Váyase al cuerno!

—¿Una cerveza con una dosis de cianuro? ¡Oh, Heppy, lo que hay que aguantar por hacerle caso a una gallina histérica como Latham!

—¡Salga a la carretera, donde le vea bien y pueda achicharrarle!
Sam se echó a reír.

Dejó al pistolero con sus maldiciones, rodeó el edificio de la estación y emprendió el regreso.

Del lado del bar llegaban las notas de una trompeta. Cualquiera que hubiera sido la relación de Sybil con el viejo Sard no parecía comportar el menor sentimiento por la muerte de éste. La rubia estaba tan dispuesta a divertirse como toda rubia debería siempre estarlo.

Sam sonrió.

Del lado contrario se veían brillar en las cabinas algunas luces. Sam se detuvo. Hubiera jurado que alguna de aquellas luces brillaba en la número doce.

En su cabina. Lo hubiera jurado.

Encaminó sus pasos hacia allí.

Estaba ante la cabina diez cuando de la doce salió alguien precipitadamente y se alejó en dirección opuesta.

Sam corrió. Una blusa blanca destacaba en la oscuridad nítidamente.

Era Kay Dewey.

—No tanta prisa, muñeca —dijo él al darle alcance. La mujer se detuvo sobresaltada—. Aquí lo que sobra es tiempo.

Ella respiraba con dificultad, y no porque hubiera corrido mucho. Sam reparó en la expresión turbada de su rostro, en la luz rara que reflejaban sus pupilas. Iba a añadir algo cuando la mujer anunció abruptamente:

—¡Le han matado!

La asió de los hombros con ambas manos.

—¿A quién?

—A Abundio.

La empujó hacia la cabina.

—Iremos a verlo juntos. Camine.

Era verdad.

El mestizo yacía en el suelo, muy cerca de la butaca donde anteriormente había exhibido sus piernas Sybil Walker. Su sangre formaba un charco repugnante de grandes dimensiones. Le habían degollado, como al viejo Silas, cercenándole el cuello casi en redondo.

—Déjeme marchar —suplicó Kay Dewey en un susurro.

Sam bloqueaba la puerta.

—Narices. Antes tendrá que explicarme cuatro cosas.

Sin quitarle ojo a la mujer se aproximó al cadáver, se agachó y lo tocó. Estaba caliente. Pensó que la gente que moría desangrada se enfriaba muy deprisa. El crimen debía haberse cometido hacía sólo unos momentos.

Kay Dewey tenía el rostro lívido debajo del maquillaje.

Sam se enderezó, fue hacia ella sin vacilar y comenzó a cachearla. La mujer se apartó con una exclamación de cólera, eludiendo sus manos.

—¿Qué hace?

—Busco un arma, no sé cuál; una navaja probablemente.

—Pero...

El avanzó, apresó sus brazos con habilidad y puso fin a su tarea. Kay renunció a resistir tras un primer intento frustrado. No protestó. Sólo su respiración se hizo más agitada, al tiempo que la lividez de su rostro se trocaba en intenso rubor.

Sam la soltó sin haber encontrado lo que buscaba.

—Canalla asqueroso —jadeó ella, retrocediendo hacia un rincón. Temblaba de humillación y de ira. La prueba había sido dura para su majestuosa arrogancia—. No sabe usted quién soy yo. Algún día...

—¿Dónde está la navaja? —interrumpió él, indiferente.

—¿Pretende acusarme de haber matado a Abundio?

—Y a Silas Sard. ¿Dónde está?

—¡Adivínelo si es tan listo! ¡Maldito imbécil!

—Este infeliz acaba de morir. Yo venía hacia aquí, miraba en esta dirección y no la he visto a usted entrar en la cabina, lo cual quiere decir que llevaba dentro de ella algún tiempo. Usted le ha degollado, querida. No ha podido hacerlo nadie más.

—¡Sí, hombre, acúseme también de manía homicida!

Sam movió negativamente la cabeza.

—No hay manía que valga. Tiene usted serios intereses que defender. Abundio quería hablarme y era el hombre de confianza de Silas Sard; había que imponerle silencio a toda costa.

Kay Dewey miró al muerto con asco y con horror.

—No diga eso. Yo apreciaba al pobre Abundio.

—¿Sí? Y supongo que también al pobre Silas.

—¡Oh, condenación! —exclamó la mujer, nerviosa—. ¡Qué idea

tuve viniendo aquí! ¡Me está bien empleado!

—Cuando... —empezó Sam.

Le interrumpió un sonido de carraspeo.

Se volvió rápidamente hacia la puerta.

Lo primero que vio fue un revólver. Lo empuñaba el individuo del pijama color crema. El otro mexicano estaba detrás de él.

—¿Qué significa esto, Kay?

El revólver apuntaba a Sam, pero los dos hombres miraban al muerto.

—Ya lo ves —respondió la mujer con voz tensa. Era el del pijama quien había hablado—. Si quieres explicaciones pídeselas a este tipo, Burke creo que se llama. Su talento te dejará con la boca abierta.

El segundo mexicano entró en la cabina, se aproximó al cadáver de Abundio, lo examinó con el entrecejo fruncido y luego miró a Sam.

Éste dijo:

—Si están lo bastante serenos como para escucharme les haré una proposición.

—No comprendo —masculló el hombre. Pronunciaba el inglés a la perfección—. Tiene que haber alguna relación entre su presencia en el motel y todo lo que esta noche está ocurriendo, pero no veo cuál. ¿Tú le conocías, Kay?

—No.

—Regístrale, Antonio. Registra su equipaje y sus cosas. Dame el revólver a mí.

Antonio, el del pijama, obedeció. Dio el revólver a su compañero y se dirigió hacia Sam.

Éste le permitió acercarse y extender las manos. Luego, rápidamente, le asió de las muñecas, torció y tiró. El mexicano emitió un ronquido de asombro. Pataleó en el aire. Por último salió despedido, chocó contra el otro hombre y ambos se estrellaron contra la pared.

Sam se precipitaba hacia ellos cuando Kay extendió la pierna y le echó la zancadilla. Rodó por tierra. Antes de que pudiera recobrarse se encontró en la vecindad de los mexicanos y el que empuñaba el revólver le golpeó en la cabeza con el cañón del arma.



Kay le extendió la pierna y le echó la zancadilla

El golpe no privó totalmente a Sam de conocimiento, le sumió tan sólo en una dolorosa duermevela. El punto de su cráneo que recibiera el impacto enviaba hacia la nuca, el cuello y los hombros agónicas punzadas.

Oyó decir a Kay:

—Dejadme que hable con él. No os necesito.

El mexicano de la pronunciación perfecta replicó:

—No es el caso que nos necesites o no, Kay. Es que no me fío de ti.

—Pues vete al cuerno con tu desconfianza.

—¿Puedo saber qué hacías en la cabina de este hombre?

La mujer rió burlonamente, y Sam comprendió que el incidente había servido para devolverle el aplomo.

—Es un muchacho muy apuesto. ¿Te parece la respuesta adecuada, Juan?

—Me parecería adecuada si en la cabina no hubiera habido un cadáver.

—De esto quizá sepas tú más que yo.

—O viceversa. Te lo he advertido cuando ha pasado lo de Silas.

—Y yo te he dicho lo que podías hacer con tus advertencias.

—Kay, ten cuidado.

—¡Mira, esta noche no estoy de humor, y me sobran motivos! —exclamó la mujer, impaciente—. ¡Dejadme en paz! ¡Idos al cuerno de una vez!

Sam se puso de rodillas y se tocó delicadamente la nuca con los dedos. Al volver la cabeza vio que, desde el umbral de la puerta, los dos hombres le miraban. Momentos después, sin haber pronunciado una palabra más, ambos se retiraron.

Kay fumaba un cigarrillo sentada al borde de la cama.

—Levántese y vámonos de aquí —dijo—. Usted puede que tenga una sensibilidad de cartón, pero la visión de este desgraciado y de tanta sangre es superior a mis fuerzas.

El se levantó apoyándose en la pared.

Sin saber por qué, en aquel momento pensó en Lena Sard y en la exuberante Simona. Lena, cuando le pidió ayuda, había dicho que para protegerse de Jerry Latham no contaba, muerto su padre, más que con Abundio y su mujer. No era mucho contar, y ahora Abundio había sido eliminado.

Simona no sabía nada, no entendía nada, no se enteraba de nada, no le interesaba nada. Sangre india. Vida vegetativa, como la de una planta.

Pero seguro que se enteraría de que su hombre había muerto.

—¿Me ha oído? —preguntó Kay.

—Sí.

—Se siente mal, ¿eh?

—Sólo avergonzado. Mi padre me enseñó a no temer a los hombres, pero sí a las mujeres. Siempre que olvido sus lecciones termino pagando las consecuencias.

Ella se alzó de la cama. Estaba completamente tranquila.

Acudió a su lado y le asió del brazo cómo para ayudarle a caminar.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A cualquier parte donde la decoración no sea tan macabra. A mi cabina, por ejemplo.

Él se dejó conducir.

La cabeza le zumbaba y cada zumbido era una pequeña onda de dolor.

La cabina de la mujer, a primera vista, se diferenciaba de la suya únicamente en que encima de la cama había un camisón de nylon azul celeste orlado de delicados encajes.

Sam contempló evocativamente el camisón mientras la mujer abría una alacena y manipulaba botellas y vasos.

—Tome.

—¿Qué es?

—Ginebra. Y un par de aspirinas, a ver si deja de flotar en el vacío. No suponía que Juan Monasterio le hubiera pegado tan fuerte.

El cogió el vaso que ella le ofrecía. Agachó la cabeza.

—Mire.

Los finos dedos de la mujer rozaron el punto doloroso.

—Sí, no está mal. Eche un trago. Siéntese ahí y aguarde un momento.

Sam engulló las aspirinas y echó un trago. Se instaló en una butaca.

Aguardó con la cabeza, apoyada en el respaldo.

Kay fue al cuarto de aseo y regresó con algodón, agua de colonia y una toalla húmeda. Procedió a practicar una cura que, como tal, no parecía de mucha eficacia. Sam la dejó hacer pensando qué con ello satisfacía sus sentimientos femeninos. Se daba perfecta cuenta de hasta qué punto, después del primer choque, había cambiado la

actitud de la mujer hacia él.

Se dio más cuenta aun cuando la cura hubo terminado.

Entonces, con una risa cálida y susurrante, Kay se inclinó, tomó su rostro entre las manos y depositó en sus labios un beso.

Sam se levantó de la butaca mientras ella devolvía las cosas al cuarto de aseo. Fue a la ventana, que estaba abierta; se limpió con el dorso de la mano la boca y escupió al exterior haciendo una mueca de disgusto.

No podía olvidar lo que Sybil Walker le había dicho de la mujer y Jerry Latham. Ni un instante lo había olvidado.

Por desgracia, pensó.

CAPÍTULO VIII

Kay volvió a llenarle el vaso de ginebra y escanció otro para sí.

Volvía a ser la mujer soberbia, dominante, envuelta en un halo de malsano atractivo, a quien él viera en el vestíbulo del edificio principal. Acaso ahora la pasión ávida que reflejaban sus ojos verdes estaba ensombrecida por una expresión fría y calculadora, pero ya no por el horror y la ira de que había dado muestras un rato antes.

—¿Usted se llama Sam Burke? —preguntó.

—Sí.

—Bien, Sam, el azar ha querido que nos conociéramos en circunstancias distintas de lo que yo había imaginado. Las cosas claras. He ido a su cabina porque quería sostener con usted una charla amistosa, pero encontrar muerto a Abundio ha desbaratado mis planes y me ha sacado de quicio. —Sonrió plácidamente—. No le culpo por sus sospechas ni por su conducta. Desde su punto de vista, Sam, eran explicables. No le guardo rencor.

—Supongo que debo agradecerlo.

Ella le contempló unos instantes en silencio, pensativa.

—¿Quién es usted?

—Un ave de paso; es decir, lo seré si consigo mi propósito de marcharme esta noche.

—Me han hablado de ese propósito. Sybil nos ha contado a Juan Monasterio y a mí las preocupaciones que está usted ocasionándole a Jerry Latham.

—Al pobre Jerry, ¿no?

En los ojos de la mujer brilló una chispa de curiosidad.

—¿Por qué le califica de ese modo?

—Usted ha tratado de comprender mi punto de vista. Yo trato de comprender el suyo. Me han dicho que se siente muy inclinada hacia esa triste caricatura de hombre.

—¿Se lo ha dicho Lena Sard?

—¿Tiene que haber sido Lena?

—Sería propio de ella hacer esa clase de insinuaciones.

—¡Infierno! —exclamó Sam. Interrumpió el ademán vehemente con que subrayaba sus palabras al sentir en el cráneo un mazazo de dolor. Añadió a media voz y con el cuello rígido—: Nunca entenderé a las mujeres. Para una inteligencia masculina normal es inconcebible que un mamarracho como Latham pueda despertar en el sexo femenino otra cosa que repugnancia. Sin embargo, usted está celosa de Lena porque Jerry Latham anda detrás de esa mocosa en lugar de corresponder a las solicitudes que usted le prodiga.

—Eso sería también inconcebible para una inteligencia femenina normal.

—¿La de usted no es normal, entonces?

—Sí lo es. Me refiero a que Latham no ha despertado nada en mí. Ni siquiera compasión.

—Pero usted...

—Yo le prodigo solicitudes. ¿Va a decirme eso otra vez?

Sam se encogió de hombros.

—Hablo por referencias.

La mujer dio unos pasos por la cabina con el vaso en la mano.

Reflexionaba. Algo en su rostro hizo a Sam pensar en un ave de presa.

De pronto, ella preguntó:

—¿Ha hecho usted alguna vez en su vida algo prohibido por la ley?

El titubeó, sorprendido.

—¿Algo como falsear la declaración de impuestos o estacionar el coche en una curva sin visibilidad?

—No se burle, Sam. Conozco de antemano su respuesta.

—¿Cuál es?

—Lo ha hecho. Lo ha hecho cuantas veces ha podido. Sé de dónde salen los tipos de su calibre. Sé cuál habría sido la reacción de un ciudadano decente al encontrarse en este lugar con un gángster y su cuadrilla y ante dos hombres degollados. Usted, en cambio, está acostumbrado a estas cosas. Se ha quedado tan tranquilo como hubiera podido quedarse Johnny Rollo en sus buenos tiempos.

¡Johnny Rollo!

¡Aquel nombre!

Fue como si una cortina se descorriera en la memoria de Sam. En su imaginación apareció una cara larga y morena, con una pálida cicatriz en la mejilla, una sonrisa desdeñosa en los labios, un fruncimiento característico en la frente que la calvicie hacía más alta y despejada.

Luego apareció todo lo que a aquella cara iba unido.

—¡Juju Kay! —exclamó—. ¡Oh, naturalmente! ¡Tú eres Juju Kay!

La mujer acusó la sorpresa. Le miró con recelo.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Johnny Rollo.

—¡Cuentos! Johnny lleva en presidio seis años.

—He estado con él. Alto, flaco, calmoso, un poco calvo, con una cicatriz en la mejilla. Le pescaron por tu culpa, porque le delató uno que sorbía los vientos por ti, uno a quien llamaban Billy Robinson. A Robinson lo despacharon tres meses después. Johnny afirmaba que eras tú quien lo había hecho.

La rubia respiró profundamente.

—¿Cuándo has salido?

—Hace seis meses.

—¿En qué estás metido ahora?

—En nada. Limpio. Vida de turista.

—¡Me lo harás creer! ¿Corriendo hacia la frontera?

—Necesito un cambio de aires.

Ella rió.

—¿Dónde te pescaron?

—En Chicago. Tres años. En el fondo tuve suerte: era mi primer proceso y mi primera condena, y ni la mitad de las cosas salieron a relucir.

—¿Con quién trabajabas?

—Solo. Había empezado con Tim Krasney.

Kay sacó del bolsillo un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. En la sonrisa que vagaba por sus labios había un poco de nostalgia.

—¿Qué contaba Johnny de mí?

—¡Ah, qué sé yo! ¿Qué cuenta un hombre de la mujer que

admira? Decía que tenías a la gente de Hollywood en el bolsillo y que por conocer la lista de tus clientes cualquier revista de chismografía te habría pagado tu peso en oro; que nadie, ni siquiera el gobernador de California, se atrevía contigo; que tu organización funcionaba como un reloj suizo...

—Ojalá fuera así.

—¿No?

—Hubiera sacado a Johnny de apuros si hubiese tenido tanto poder. No, Sam. Lo justo para ir tirando. Y conste que Johnny fue el único hombre, el único de verdad que ha habido en mi vida. Por él me lo hubiera jugado todo.

Sam asintió.

—De modo que, en definitiva, era esto lo que aquí se estaba cocinando. Contrabando de marihuana: imaginaba algo parecido. Y Silas Sard era tu proveedor. Lo sorprendente es que los guardias no hayan prestado atención a tus viajes.

—La han prestado.

—¿Y bien?

—Soy propietaria de una mina de cobre situada cien millas al este de Yuma, una mina que no produce más de quinientos dólares de beneficio al año. Me sirve de pretexto para venir con frecuencia a Arizona.

—¿Eso ha acallado las sospechas? ¡Vamos, paloma!

—Esto y untar unas cuantas manos. Oficialmente Johnny Rollo pagó por mí. Me han dejado tranquila desde entonces.

—¿Incluso cuando murió Billy Robinson?

—Fue un accidente.

—Comprendo.

Kay fumaba paseando de acá para allá.

—Mira, Sam, te he hablado claro porque sabía que podía hacerlo. Conozco a los hombres: no sería Juju Kay si no los conociera. Tengo una oferta para ti.

—Guárdatela —replicó suavemente él.

Ella interrumpió su paseo.

—¿Qué dices?

—La única oferta que me interesa es un medio de salir de aquí esta noche. Quiero estar al otro lado de la frontera mañana por la mañana.

—Pero hay dinero de por medio, Sam.

—No me importa.

La mujer anduvo resueltamente hacia la puerta de la cabina, la abrió y miró al exterior. Luego se trasladó a la ventana y miró también. Por último regresó junto a Sam.

Dijo en voz baja, sonriendo insinuante:

—Hay alrededor de ciento veinte mil pavos. Para ti y para mí, mitad y mitad. ¿Qué dices?

El sintió en la boca un sabor amargo. ¡La gran ocasión! Cincuenta mil miserables dólares. Ahora tenía prácticamente en sus manos sesenta mil y la amistad de Juju Kay, una celebridad de Hollywood, conocida de puertas afuera como consejera de belleza y como mercader del vicio en la turbia intimidad de las grandes estrellas. Podía haber sido un brillante comienzo.

Respondió:

—Yo no soy Johnny Rollo.

—¿Y qué?

—El era el único hombre de tu vida, y sin embargo, dejaste que pagase por ti. Es lo bastante tonto como para seguir admirándote desde presidio.

Un relámpago de ira iluminó los verdes ojos. Kay se mordió los labios.

—Coriáceo, ¿eh, Sam?

—Realista, nena. Dame primero la pasta y hazme la oferta después.

Ella, furiosa, arrojó su cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—¿Quieres saber por qué ando, según dicen, detrás de Jerry Latham?

—Saberlo no estará de más.

—Perfectamente. Sard tenía aquí un depósito de mercancía que debe de valer en este momento entre ciento veinte y ciento cincuenta mil pavos. Latham lo sabe, o lo sospecha; está buscándolo y no se marchará hasta que lo encuentre. Éste es el único motivo de que yo no le quite ojo.

El rostro de Sam permaneció impasible.

—¿A tu manera?

—A mi manera.

—No lo creo. Latham no puede entretenerse en esa clase de

diversiones. No puede confiar en seguir oculto mucho tiempo. Los federales corren sobre sus pasos en jauría y su única esperanza de escapar es tenerlos a la máxima distancia.

—No puede escapar.

—¿Por qué no?

—Porque está sin un centavo.

—¿Latham?

—¡Latham, Latham, Jerry Latham! En esto metió la pata Silas y la metimos todos. Cuando Jerry llamó el domingo por la noche y él nos consultó sobre si debía o no admitirle, le dijimos que sí, a condición de que pagara bien. No parecía haber razón para oponerse. Jerry había escapado de Kansas City y quería evidentemente pasar la frontera; ningún daño causaría esperando aquí el momento oportuno. Silas le exigió un anticipo de mil pavos. Los pagó. Pero el martes hizo una llamada telefónica que le dejó patitieso. Me las ingenié para averiguar lo que pasaba, y así supe que le quedaban diez o doce dólares y acababan de anunciarle que renunciase a la esperanza de conseguir ni uno más. Desde que empecé a notar que se interesaba por los negocios de Silas me he convertido en su sombra.

Sam, que se había dado masaje en el cuello mientras la mujer hablaba, movió la cabeza de un lado a otro para desentumecer la dolorida articulación.

—¿Todo eso es la verdad, Kay?

—La pura verdad.

—¿Quién ha matado entonces a Sard, y por qué? ¿Y al mestizo?

—Pues Jerry Latham, naturalmente.

—Estás muy segura.

—Claro que lo estoy. Jerry es un homicida y se siente acorralado. El miedo le asfixia. Nos matará a todos si cree que ha de servirle de algo.

—Tus amigos mexicanos no parecen pensar lo mismo.

La mujer volvió a mirar por la ventana.

—No hables tan alto, Sam.

—¿Asustada?

—Procuro evitarme complicaciones.

—Y jugársela a esos dos pajarracos, ¿no? Con mi ayuda. Poniéndome ante las narices un número de cinco cifras. Pillando el

botín y dejándolos a todos con la boca abierta.

Kay sonrió tranquilamente.

—Quizá.

—El golpe de tu amigo no ha sido tan fuerte que me impidiera oír, palomita. De lo que se ha dicho mientras estaba aturdido he deducido que no pondrían la mano en el fuego por tu inocencia.

—Ni yo por la de ellos. Nos conocemos, Sam. Ortiz y Monasterio saben que si consigo hacerme con el almacén de Silas los dejaré plantados. Yo sé que si ellos lo consiguen me dejarán plantada a mí.

—Juraría que saben algo más: que tú eres capaz de haber matado al viejo y al mestizo por ciento veinte mil dólares.

—No lo he hecho.

—Tú lo dices, nena. ¿Lo han hecho ellos acaso?

—Es una posibilidad. Pero opto por creer que ha sido Latham. Sam se levantó lentamente.

—Resulta muy cómodo cargarle a Latham las culpas de todo. Si yo fuera un policía comenzaría por exigirlos que probaseis vuestras coartadas. Seguro que no podéis. Seguro que cuando han muerto Sard y Abundio cada uno de vosotros estaba solo y sin testigos de que no era él quien los despachaba.

—Yo estaba sola —sonrió Kay.

—Y si hubieras estado con tus amigos hubiera sido lo mismo. ¿Sabes lo que pienso?

—No, Sam, no lo sé. Dices que he matado a Silas y al mestizo, pero juraría que no lo piensas de verdad.

—¿Qué papel desempeñaban los mexicanos en el negocio? ¿Eran ellos quienes traían la mercancía del otro lado de la frontera?

—Sí.

—O sea, que Silas Sard actuaba de intermediario.

—Almacenista e intermediario.

—Y en pocos años ha ganado una millonada...

La mujer dio un leve respingo.

—¡No, Sam! ¡Oh, ya veo!

—Exacto, muñeca. En el negocio se ha perdido un montón de pasta inútilmente. Ahora que todo está en marcha y funciona como una seda, Silas Sard sobra. Ortiz y Monasterio, los proveedores mexicanos, se han puesto de acuerdo con la consumidora, que eres tú, para suprimir el intermediario y hacer unos cuantos ahorros.

—¡No, Sam!

—¿Acerté?

—¡No, Sam! Ni Ortiz y Monasterio eran los únicos proveedores de Silas, ni yo la única consumidora. No podíamos prescindir de él para ponernos en contacto. Suprimirle era matar la gallina de los huevos de oro.

—El hombre de la fábula la mató.

—¡Te digo que estás equivocado! Con la muerte de Silas nos hemos ido todos a pique, ¡ya ves qué ganancia! ¿Por qué te figuras que me he empeñado en encontrar el depósito? ¿Por qué lo buscan Monasterio y Ortiz? ¡Por salvar algo del naufragio, nada más que por salvar algo!

—Tú lo buscabas antes de que Sard muriese.

—Nunca he dicho tal cosa.

—Has dicho...

—He dicho que quien lo buscaba era Jerry y que yo no le quitaba ojo. Se trata de algo muy distinto.

Sam sonreía.

Estaba en pie frente a la mujer, dominándola con su estatura, hincando en los suyos sus ojos. Ella había perdido momentáneamente su costra de hielo. Se le habían encendido las mejillas en el calor de la discusión.

—Me gusta verte así, nena.

Kay captó el matiz burlón de su voz y su sonrisa y se cerró en sí misma con una mueca. Apretó los puños.

—¡Vete al diablo! Me defraudas. Esperaba...

—De mí no esperes nunca nada, ni siquiera agradecimiento por tus cuidados y atenciones. Pero hay algo que quisiera saber antes de que nos separemos.

—¿Quién ha hablado de separarnos?

—Hablo yo. ¿Para qué perder tiempo? Tú no puedes resolver mi problema, que es el de salir de aquí cuanto antes. Mi único problema, ¿entiendes?

—Algún día alguien te bajará los humos, Sam.

—No serás tú, descuida, ni nadie parecido a ti. Ahora, dime, ¿por qué a nadie se le ha ocurrido colgarle a Sybil Walger los asesinatos?

Kay pestañeó.

—¡A Sybil! ¿Por qué precisamente a ella?

—¿Y por qué no? Eso es lo que me gustaría saber. ¿Qué cuerno hace una rubia de su estilo en un condenado lugar como éste?

—Ve y pregúntaselo.

—Te lo pregunto a ti.

La mujer titubeó un instante.

Yo no lo sé. Se ocupa del «*snack-bar*». Silas decía que era de confianza, y si él lo decía debía serlo.

—¿Había algo entre ellos?

—No.

—¿Tenía ella parte en el negocio?

—No lo sé.

—Pues eso es todo.

—¡Sam!

—¿Qué?

—No pensarás realmente marcharte, ¿verdad? Ven acá. ¿Te sirvo otra copa?

—Sírvela —asintió él con un suspiro—. Sírvela y bébetela tú. A la salud de Johnny Rollo y de todos los tontos que están entre rejas.

Dio media vuelta y abandonó la cabina.

CAPÍTULO IX

Las luces del bar continuaban encendidas.

Sybil jugaba a los dados sobre el mostrador con Mick y Joe. Éste llevaba un parche de gasa en la cabeza.

En la radio sonaba un saxofón.

—¡Hey, Sam! —saludó alegremente la rubia. Se llevó un dedo a los labios—. No digas nada. —Señaló la radio—. Es Coleman Hawkins. Lo mejor de lo mejor en su época.

Sam no dijo nada.

Lo dijo Joe. Descargó un puñetazo en el mostrador, profirió una maldición y declaró:

—Este tío o yo, uno de los dos, sobra aquí.

—¡Cállate! —ordenó Sybil.

Sam fijó su mirada en el parche de gasa.

—No fue culpa mía —se excusó fríamente—. Fue de Latham. Y no tengo ganas de volver a empezar.

—¿Ganas? —repitió Joe, belicoso. Se apeó del taburete. Había bebido demasiado y tuvo que agarrarse a Mick para mantener el equilibrio—. ¿Ganas? ¡Yo te haré entrar las ganas, condenado! ¡Yo te enseñaré!

Sam señaló la botella de *whisky* y los vasos que había sobre el bar.

—¿Quién pagará eso?

—A cuenta de Jerry —dijo Sybil—. ¡Mick, por favor, llévate de aquí a este borracho!

Mick tenía a Joe asido por los brazos.

—Todo el dinero que le queda a Jerry Latham son diez o doce dólares —anunció Sam—. El pasado martes le dijeron por teléfono qué renunciase a la idea de conseguir un centavo más. Está acabado, arruinado, hundido y atrapado en una ratonera. No ha escapado porque no puede ni pagar la gasolina que su coche

necesita para llevarle a México.

Sybil retiró rápidamente la botella del mostrador.

—¿Cómo lo sabes?

—Ve y pregúntaselo. Pídele que te enseñe su dinero, a ver qué pasa.

Joe se debatía farfullando:

—Déjame... ¡Le parto la cara! ¡Déjame! ¡Déjame!

Mick le dio un manotazo en la boca para hacerle callar. El larguirucho se tambaleó, y hubiera caído de no sostenerle su compañero.

Éste preguntó mirando a Sam con los párpados entornados:

—¿Dice que Jerry está aquí porque no tiene dinero para marcharse?

—Naturalmente. Encerrado en una ratonera, amigo, y todos ustedes encerrados con él. Si tuviera dinero estaría a miles de millas, no esperando como un tonto a que en cualquier momento le descubran los federales. Escaparé, por supuesto, pero busca la ocasión de hacerlo dejándoles a ustedes plantados.

—¡Mentira!

—Piense lo que quiera. —Sam se encogió de hombros—. Pronto me dará la razón, porque lo seguro es que esta situación no va a durar. Latham ha elegido para ocultarse el peor sitio del mundo: un centro distribuidor de juju, una guarida de contrabandistas más peligrosa que un barril de pólvora con la mecha encendida, donde, por si fuera poco, se han cometido dos asesinatos...

—¿Dos? —exclamó Sybil.

—¿Un qué de qué? —preguntó Mick—. ¿Juju aquí?

—¿De qué imagina que vivía Silas Sard? En este motel ha estado almacenándose toda la marihuana que cruza la frontera. Clientes de Los Ángeles y de todas partes venían a recogerla regularmente. Y la policía no es ciega, muchacho.

—¿Dos asesinatos? —insistió con vehemencia la rubia.

—Hace poco alguien ha degollado a Abundio.

Hubo un instante de silencio.

Mick, que fijaba en el rostro de Sam una ceñuda y escrutadora mirada, asió a Joe del brazo y con brusca resolución, sin decir nada, se lo llevó en dirección a la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

Cuando ambos hubieron salido Sybil murmuró:

—Abundio... Pobre animal. —Suspiró—. Bueno, todo se acaba algún día.

—Varias cosas han acabado ahora. ¿A cuál te refieres?

En lugar de responder, ella se dirigió hacia la caja registradora. Abrió el cajón. Lo volvió a cerrar. Al regresar junto a Sam algo tintineaba en su mano.

Lo dejó sobre el mostrador.

Eran las llaves de un coche.

—Tiene el depósito lleno —dijo—. Es un «Pontiac» verde de hace ocho años. Puedes llevártelo y dejarme tu cacharro a cambio.

Sam no tocó las llaves.

—¿Es una trampa?

—No.

—¿Entonces?

—He estado meditando lo que me dijiste antes. Vete, y buena suerte. No hay razón para que un hombre como tú se vea mezclado en esto. —La muchacha titubeó—. Si es Heppy quien monta guardia en la carretera no te preocupes; yo me encargaré de distraerle.

El rostro de Sam adquirió una expresión rara.

—¿Un hombre como yo?

—Sí, Sam.

—Nena, abre los ojos. Yo no tengo nada que no tengan Mick, Joe, Heppy, Jimmy, Chuk o Jerry Latham. No me obligues a ruborizarme.

—Una cosa tienes.

—¿Cuál?

—No sé cómo llamarla. Limpieza. Ellos son estiércol. Tú no.

—¿Sabes por qué me corre tanta prisa llegar a México esta noche?

—No, ni quiero saberlo.

Sam cogió las llaves y las miró con el ceño fruncido.

—Vente conmigo, Sybil.

—¡Yo! —rió ella, echando la cabeza atrás. Se ciñó al cuerpo con las manos la blusa de punto, poniendo deliberadamente en evidencia sus formas—. No, encanto, yo no. Díselo a Lena Sard. La pobrecita gacela necesita que un arrojado cazador la salve de los lobos. Yo estoy muy bien aquí. Éste es mi ambiente.

El escudriñaba pensativo sus ojos.

—Sybil.

—¿Qué?

—He venido al bar con intención de hacerte dos preguntas.

—Ahórratelas. Tienes lo que querías: un coche y alguien que te ayude a escapar. ¿Una copa de despedida? ¿A cuenta de la casa?

—¡Basta de esto! —exclamó Sam abruptamente.

La sonrisa de Sybil se congeló. Había en sus ojos un brillo húmedo.

—No te entiendo.

—Puede que ni yo mismo me entienda, nena. Pero no me iré si no contestas a mis preguntas. La primera: ¿por qué has dicho que Kay Dewey es una cerda?

Sybil bajó la vista. Tomó un vaso y comenzó a secarlo con un delantal.

—Ahora ya lo sabes. De alguna manera lo has averiguado.

—¿Te referías al contrabando de Juju?

—Sí.

—¿Piensas que es una cerda porque inunda Hollywood de marihuana?

—¿Y acaso no lo es? —replicó la muchacha agresivamente—. ¿Acaso no es una cerda hacer eso?

—Era también el negocio de Silas Sard.

—Silas era un hombre.

—¿Y qué?

—¿Qué puede esperarse de un hombre? ¿Qué no hará un hombre por dinero? ¡Pero una mujer! ¡Y bonita como Kay Dewey, inteligente, dotada de sentido artístico! ¡No tiene derecho, Sam!

El contemplaba a la rubia con perplejidad.

—Bien, sepamos lo que has estado tú haciendo en el motel. Ésta es mi segunda pregunta.

—He cuidado del «*snack-bar*». Aquí me ves.

—¡Gran negocio!

—Para mí lo es. No busco ganar dinero.

—¿Pues qué buscas?

Sybil se humedeció con la lengua los tentadores labios. Dijo a media voz:

—Olvidar.

—¡Vamos!

La muchacha forzó una sonrisa.

—Dejémoslo, Sam. Limpio o no, eres un hombre, una criatura con piel de elefante. Toma el coche y sigue tu camino. Envíame una postal algún día.

—Olvidar —repitió él entre dientes.

Ella le tendía la mano a través del mostrador.

—Adiós, Sam Burke.

—¡Narices!

—¡Sam!

—¿Olvidar qué? ¡Es ridículo! ¡Una mujer como tú no elige para olvidar una cueva de contrabandistas! ¡No, paloma, no! Todo está claro aquí, ¡todo!, desde el origen de la fortuna de Silas Sard a la presencia de Ortiz y Monasterio y la personalidad de Kay Dewey. Todo excepto tu papel en la farsa. Y tengo un mal presentimiento, ¿sabes? Un mal presentimiento que me impide aceptar esas llaves y confiar en tu ayuda.

—O sea, que tienes miedo de mí.

—Dilo de ese modo.

La muchacha miró a Sam fijamente. Semejó a punto de decir algo. En lugar de ello tomó la botella que antes retirara del mostrador y vertió dos dedos de *whisky* en el vaso que acababa de secar.

Miró el *whisky* al trasluz. Lo apuró de un trago.

En la radio sonaba el inevitable saxofón.

—Coleman Hawkins la pone a una tierna —volvió a llenar el vaso y, de pronto, su voz se quebró—. ¡Oh, Dios, Sam! ¿Por qué será la vida cómo es? ¿Tú lo sabes? ¿Alguien lo sabe?

—Yo pienso que es como cada uno la toma.

—¿Has estado alguna vez en Las Vegas?

—No.

—Hay un local, supongo que seguirá existiendo, llamado «Nocturne Club». Tiempo atrás era un local de cuarta categoría, una basura, nada. El primer peldaño. Yo hice allí durante tres semanas un número de *strip-tease*.

—¿Cuarta categoría? —preguntó Sam significativamente.

—Tenía dieciocho años y nunca había actuado en público.

—¿Es eso lo que tratas de olvidar?

—No. Es un hombre.

—Nena, no te comprendo.

—Un hombre que me sacó de allí —dijo la muchacha con la mirada fija en su vaso—. Un hombre a quien amé. ¿Tú sabes lo que es amar, Sam?

—Creo que lo he leído en algún libro.

—Aquel hombre y yo nos casamos. Dos meses después, yendo en coche de Las Vegas a Sacramento tuvimos un accidente. El murió.

—Sybil apuró de nuevo el *whisky*—. Yo esperaba un hijo suyo. Lo perdí. Cuando me repuse, Silas Sard quiso ofrecirme una compensación. Yo no deseaba sino olvidar. Sugirió que me instalase aquí. Había posibilidad de ganar algún dinero cuidando del «*snack-bar*». Vine, vi el motel, accedí a quedarme, y aquí estoy aún.

—¿Por qué diantre te ofreció Silas eso?

Sybil se encogió de hombros.

—Hasta que murió no supe de dónde sacaba el dinero Tommy.

—¿Tommy era tu hombre?

—Sí. Nuestro coche se despistó y dio dos vueltas de campana en una carretera de montaña. Pasaron casi cinco horas antes de que nos socorriesen, y Tommy ya había muerto cuando alguien acudió. Expiró en mis brazos. Antes de morir me entregó un paquete que llevaba oculto entre sus ropas y me hizo jurar que lo guardaría sin mencionarlo a nadie hasta tener ocasión de ponerlo en manos de determinada persona, cuyo nombre y señas pudo apenas murmurar.

—¿Silas Sard?

—Sí.

—¿El paquete contenía marihuana?

—Sí. Lo oculté en las cercanías del lugar del accidente, volví a buscarlo al salir del hospital y se lo traje a Silas, pero le exigí antes, de dárselo que me contase lo que pasaba y qué relación hubo entre él y Tommy. Así me enteré de todo. Una vergüenza, Sam, una vergüenza espantosa. Sin embargo, yo había amado a Tommy con locura, fue bueno conmigo, el mejor hombre del mundo... Ya ves, Sam.

—¿El trabajaba para Silas?

—Era su agente en Las Vegas, el mercado más importante después de Los Ángeles. Silas, claro está, quedó emocionado y agradecido por la iniciativa de devolverle el paquete, por mi actuación, por el hecho de que el secreto hubiera sido guardado...

¡Qué vergüenza! Me hubiera enterrado en billetes si a mí me hubiesen interesado los billetes. Pero no me interesan. Y los ganados a costa de la podredumbre humana menos que los demás.

—A pesar de lo cual te instalaste en el motel.

—Era esto o el *strip-tease* otra vez. Y a fin de cuentas tengo aquí un negocio honrado. Muerto Tommy, sabiendo de lo que vivía el hombre a quien yo había adorado, en aquél momento se me daba de todo un ardite. ¿Cómo te parece que reaccionaría una criatura de dieciocho años ante un montón, de inmundicia así?

—¿Tanto asco te daba?

—Y me da. Como a ti debe dártelo; no me digas que no, Sam, porque lo noto.

Sam miró al techo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Dos años.

—¿Has olvidado en dos años?

La respuesta de la muchacha se demoró.

—Sí —dijo finalmente.

El, tamborileaba con los dedos sobre el mostrador, indeciso, ceñudo.

—Pero la muerte de Sard y la de Abundio te han dejado fría.

—Estas cosas ya me dejan fría. Sard me debía mucho más a mí que yo a él. Abundio era un animal. Mejor están muertos. En la tumba no harán daño a nadie, y en cambio servirán de abono a las plantas.

—¿Quién los ha matado, Sybil?

—No lo sé.

—Sard tenía aquí un depósito de Juju por valor de unos ciento cincuenta mil pavos —dijo Sam lentamente—. Es motivo más que suficiente para matar a un hombre. Y Kay Dewey, los dos mexicanos y Jerry Latham andan detrás de ese depósito. Elije al culpable entre ellos.

—¿Por qué? —preguntó Sybil con curiosidad—. Toda esa gentuza es mucho más fuerte de lo que era Silas. No necesitaban matarle para apoderarse del depósito, ni tampoco, que yo sepa, lo han hecho.

—¿Cómo sabes qué no?

—Porque ha sido destruido.

Sam abrió la boca.

—¡Destruído! ¿Cuándo? ¿Por quién? ¿Por ti, quizá?

—Por Lena.

—¿Lena conocía la existencia del depósito? ¿Conocía su escondrijo?

—Lena conoce muchas cosas; yo diría que demasiadas para sentirse feliz. Ignoro lo que pensaba encontrar aquí cuando vino, pero si pidió a su padre qué la trajese por algo sería. A Silas, al principio, no le hizo demasiada gracia.

—Ella no se lo pidió.

—¡Claro que sí! Silas me dio a leer la carta que la mocosa le escribió al morir la bruja de su madre. A veces era sentimental en sus cosas.

—¿Y Lena ha destruido el depósito?

—Ha dicho que lo quemaría.

—¿Te lo ha dicho a ti?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Momentos antes de ir yo a tu cabina.

—¡Infierno! ¿No puedes contar la historia entera? Lena estaba, ¿no?, histérica perdida y bajo los cuidados de la mujer de Abundio. ¿Dónde estabas tú?

Sybil sacudió la cabeza.

—Lo de histérica no lo sé, pero no parecía histérica de ningún modo. Yo estaba en mi cuarto, ahí detrás. Ha venido. Ha dicho que todo había terminado, que conocía mi manera de pensar sobre esto y que se proponía borrar el último rastro de porquería. Ella conocía mi manera de pensar y yo la suya. Muy bien. Hemos ido a la despensa y ha cargado con el paquete. Se lo ha llevado mientras yo vigilaba para que Abundio no metiera las narices.

—¿Precisamente Abundio?

—Él era, aparte de mí, el único que sabía dónde guardaba Silas provisiones de juju. Lena temía con razón que se precipitara sobre ellas.

Sam se palpó el punto donde el revólver del mexicano le había golpeado e hizo una mueca, pero no de dolor. Estaba calculando mentalmente: casi ochocientos mil dólares en cuenta, otro tanto en valores, ciento cincuenta mil en mercancía.

Calculando y pensando en Jerry Latham agazapado junto al *bungalow*.

Pensando en el gordito de quién se sospechaba que andaba detrás de Lena Sard porque era joven, doncella y bonita. Pensando en el lascivo sapo que de un manotazo había él dejado panza arriba en la arena.

Pensando en que Latham no tenía más que diez o doce dólares.

Pensando.

—¿Han presenciado vuestras maniobras los dos mexicanos, o Kay Dewey, o Latham? —preguntó.

—No he visto a nadie. ¿Y por qué iba ninguno a sospechar lo que Lena llevaba?

—Yo lo hubiera sospechado si la idea me obsesionara como a ellos. Bien, tú dices que conoces la manera de pensar de la chica. ¿Qué manera de pensar?

—Sobre su padre y sus negocios.

—¿Y qué?

—Pues ella no había visto a Silas casi desde que nació. Sintiera lo que sintiese antes por él, aquí aprendió a detestarle.

Sam inquirió abruptamente:

—Nena, ¿tienes una pistola?

La muchacha, que había estado dando vueltas entre sus manos al vaso vacío, interrumpió el movimiento.

—¿Qué pasa si la tengo?

—Préstamela.

—¿Para qué?

—Puede que la necesite para aclarar un equívoco. Es humanamente imposible que Jerry Latham haya despertado algún interés amoroso en Kay Dewey, y no lo ha despertado; pero más imposible es que Lena lo haya despertado en Jerry. Se trata de otra cosa. Un equívoco que quizá deba aclararse a balazos.

Sybil se humedeció los labios con la lengua.

—Un momento, Sam.

Depositó el vaso sobre el mostrador.

En aquel momento apareció Mick en la puerta que conducía al vestíbulo.

Sybil, que echaba a andar, se detuvo.

—¿Era verdad? —preguntó el pistolero ásperamente.

—¿Qué? —dijo Sam.

—Eso de que Jerry no tiene un centavo.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Porque acaba de largarse.

CAPÍTULO X

Sam abandonó el bar a la carrera y se lanzó en dirección al *bungalow*.

Salvó el seto de un salto. En pocas zancadas alcanzó la casa.

Entró.

Nadie en el cuarto de estar.

Una habitación vacía. Otra.

El cadáver de Silas Sard sobre una cama, espeluznante en su eterna quietud, rígidas las piernas, los brazos a lo largo del cuerpo, la cara de color marfil. Un inútil y embarazoso cadáver que antes de veinticuatro horas se habría descompuesto.

Lena no estaba en el *bungalow*.

Al retroceder, descubrió Sam en la veranda, completamente inmóvil en la penumbra, una figura de formas opulentas.

Simona. Parecía una estatua, un gran fetiche indio.

Fue hacia ella.

—¿Has visto a la señorita?

No contestó.

—¡Habla! ¡Dime si la has visto! ¿Dónde está? ¿Se la ha llevado alguien?

La mujer articuló en un susurro:

—Le han matado.

—¿Qué? ¿A quién?

—Le han matado. Mi Abundio. Le han matado.

—¡Infierno! —rezongó Sam.

En la carretera se encendieron súbitamente las luces de un coche.

Era un coche que estaba en movimiento, que se había desplazado a oscuras y que de pronto encendía sus luces. Ahora comenzaba a alejarse rápidamente de la entrada del motel.

Sam saltó de la veranda.

Reemprendió su veloz carrera de vuelta al edificio principal, y se encontraba junto a éste cuando Sybil le salió al paso.

—¡Toma, Sam! ¡Toma!

Le entregaba un revólver, las llaves que antes le había ofrecido. Jadeaba.

Le brillaban los ojos en la oscuridad.

Sam tomó ambos objetos.

—¿Cómo has dicho que era tu coche?

—Un «Pontiac» verde.

—Okey, nena.

Siguió hacia el aparcamiento.

Su «Buick». El «Chevrolet» que lo había remolcado.

Un «Pontiac» verde.

Subió a bordo. Era un coche viejo. Probablemente el que se disponía a perseguir era un último modelo, quién sabe si un modelo especial; así los gastaban los grandes y pequeños caídos.

No lo alcanzaría nunca.

Salió del aparcamiento disparado y se dirigió a la carretera. Miró una sola vez atrás. Bajo las luces del edificio principal Sybil discutía con Mick y otros dos pistoleros, uno de los cuales movía los brazos como aspas de molino.

Al llegar a la carretera detuvo el coche y lo dejó con los faros apuntando hacia el lugar donde había estado Heppy emboscado con su metralleta. Tenía una idea sobre el significado de las maniobras del auto que le había precedido y quería confirmarla aunque ello representase una demora.

No hubo tiros.

La confirmación de su idea le produjo una sensación de frío a lo largo de la columna vertebral: Heppy, un muchacho un poco grueso, yacía junto a la carretera empapando la arena con la sangre que manaba a borbotones de su cuello rebanado. La metralleta había desaparecido.

¡Únicamente Jerry Latham podía haber hecho aquello!

Latham se habría acercado impunemente, dándose a conocer a su hombre. Sorprender a Heppy y degollarle era más cómodo y expeditivo que persuadirle de que debía partir y necesitaba paso franco. Latham, cierto, era el jefe, y él mismo había dado orden de disparar contra cualquier fugitivo. Pero, salvo en caso de que fuera

tonto de remate, ¿qué explicación aceptaría Heppy para aquella sospechosa salida de Latham en mitad de la noche?

Heppy no era tonto: allí quedaba desangrándose como un cerdo. Sam sintió ganas de reír.

¡Vía libre! ¡Cincuenta mil dólares, un coche y vía libre!

Miró hacia el aparcamiento. Nadie le seguía aún.

El margen de que disponía quizá fuera de unos segundos, pero era un margen.

Avanzó por el borde de la carretera hasta el punto donde el «Ford» rural se había estrellado, y luego más allá, rehaciendo el camino que recorriera entonces, hasta que sus pies tropezaron con unas piedras.

Escrutó la oscuridad que le rodeaba.

¿Dónde?

Tres piedras en ángulo recto. Allí.

La suerte volvía a estar con él. Desenterró sin dificultad el portafolios, y llevándolo en la mano regresó corriendo al «Pontiac».

En el instante en que ponía éste en marcha vio encenderse en el aparcamiento las luces de uno de los coches. ¿Y qué? Quizá el coche le alcanzase, pero no le detendría: se limitaría a adelantarle. Ahora no era él el fugitivo, sino Latham. Para él había vía libre.

¡Vía libre!

Pisó a fondo el acelerador y quedó sorprendido al observar que el «Pontiac» corría más de lo que hacían suponer sus años.

Recto hacia Saladillo. Hacia la frontera y la puerta del mundo.

El coche volaba jubilosamente sobre la pista cubierta por la arena que la tormenta había depositado.

—Adiós, nena —dijo Sam en voz alta.

Pensaba en Sybil Walker.

Palpó el portafolios que tenía a su lado en el asiento. Había en toda la extensión del planeta millones de mujeres como Sybil Walker. Millones.

Pero sólo una ocasión como la que él acababa de aprovechar.

—Adiós. —Sonrió—. Olvidar cuesta poco.

¿Qué era aquello?

La carretera describía una curva para entrar en una porción de terreno calcáreo accidentado y roto. No era una curva particularmente pronunciada, ni difícil de tomar, sino una curva

corriente, bien pavimentada y peraltada.

Sin embargo, fuera de la carretera, de la que había salido por la parte exterior de la curva, un automóvil maniobraba trabajosamente para volver de nuevo a la ruta... Sam vio enseguida el motivo. Los faros de su coche iluminaron una acumulación de arena en el peralte, sobre la cual habían trazado las ruedas del otro vehículo amplios surcos. Las gomas habían resbalado debido a un exceso de velocidad. El coche había salido despedido. Lo raro era que no se hubiese estrellado contra alguna roca o dado algunas vueltas de campana.

Aminoró la marcha.

Tomó la curva cuidadosamente.

Apenas lo hubo hecho, abriendo ya la portezuela para apearse, se preguntó por qué seguiría aquel impulso. No había querido seguirlo de una manera consciente. No había sido cosa de su voluntad.

Y allí estaba, con el «Pontiac» parado interceptando el acceso del otro coche a la carretera, y él en pie, los brazos en jarras, guarnecido en la sombra. El otro coche se detuvo.

¿Por qué no continuar el viaje? ¡Valiente estupidez! ¡Cincuenta mil dólares y las puertas del mundo abiertas!

¿Por qué no continuar?

Lanzó una mirada desesperada al «Pontiac» verde.

Sabía de sobra que no continuaba su viaje porque no podía, porque una fuerza interior le tenía clavado en el sitio con más eficacia que unos frenos hidráulicos. Arrancarse de allí era imposible.

Del coche descendió una figura patosa y regordeta. Los faros del «Pontiac» la iluminaron de lleno revelando su abyecta cara de cobarde.

Una voz aflautada inquirió:

—¿Es usted quien está ahí, Burke?

—Sí —dijo Sam. Y añadió suavemente—. Acérquese.

—¡No! ¡Márchese! ¡Quítese de en medio!

—Acérquese, digo. No le tocaré, no quiero ensuciarme de estiércol las manos. —Sam rió—. Si le aplasto la cara será con una piedra.

Estiércol. «Ellos son estiércol, tú no».

Pobre Sybil.

—¡Burke, no tengo nada contra usted! —lloriqueó el gángster—. ¡Pero necesito escapar de esa maldita ratonera! ¡Le pagaré lo que quiera si aparta el coche y no hace el tonto! ¡Esto no es asunto suyo!

—¿Qué me pagará, Latham? ¿Cinco pavos? ¿Diez? No lleva mucho más en el bolsillo.

—¿Está loco?

—¿Por qué?

—¡El dinero me sobra! ¡Vamos, Burke, fije usted el precio!

—No hay precio —replicó Sam—. Sus hombres venían detrás de mí y llegarán de un momento a otro. Entiéndaselas con ellos... si le dejan hablar.

Latham chilló una maldición.

Perdió súbitamente el dominio de sí mismo. Echó a correr hacia adelante, dando traspiés, gimiendo y jurando en un arrebato de cólera infantil.

Sólo que el arma que tenía en la mano no era infantil. Sam vio primero un destello metálico. Luego, cuando Latham estuvo más cerca, una navaja. Una antigua navaja de barbero, el instrumento más apto concebido por el hombre para degollar a sus semejantes.

Sam se agachó, tanteó en derredor y cogió del suelo un guijarro del tamaño de una manzana grande. Al enderezarse sonreía con una especie de avidez.

Latham avanzaba torpemente, un niño-sapo

lloroso y babeante, metido por entero en el haz de luz de los faros del coche.

Fue entonces cuando la metralleta disparó.

Comenzó con una ráfaga corta, demasiado baja, que levantó una línea de surtidores de arena. La segunda ráfaga tuvo la altura precisa. ¡Latham era un blanco tan fácil! Los proyectiles debieron de hundirse en su cuerpo como en una vejiga de manteca y arrancaron de su garganta, antes de derribarle, un gritito agudo.

El tableteo de la metralleta cesó.

El gángster había caído de bruces. Su pierna izquierda se movía convulsivamente, pero era ya lo único que se movía de él. Estuvo moviéndose cada vez más despacio durante lo que a Sam se le

antojó un siglo entero.

Luego nada.

Trabajo ahorrado a los

G-men:

habría júbilo en Kansas City cuando se conociera la noticia. Y el gordito encontraría el pasillo del infierno alfombrado con las maldiciones de las infelices a quienes su «racket» había hundido en el lodo.

Una alfombra pestilente, pero, a su modo, triunfal.

—¿Está usted bien, señor Burke? Sam suspiró.

Soltó el guijarro, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y tocó la culata del revólver que le diera Sybil.

—Sí, estoy muy bien. Maravillosamente bien.

Lena había hablado desde el interior del coche. Sam veía su cabeza en la ventanilla, iluminada por los faros del «Pontiac».

Ella siguió diciendo:

—Celebro que haya mudado de opinión. Era usted mi última esperanza.

—¿Mudado de opinión respecto a qué?

—Respecto a prestarme ayuda. A un hombre le retratan sus hechos, no sus palabras; quiero decir que no es usted tan insensible como aparenta. Prefiero no pensar en lo que hubiera sido de mí sin su providencial intervención. Gracias con toda el alma, señor Burke.

Sam abandonó su posición y se adelantó lentamente hacia el coche sin entrar en la zona iluminada por los faros.

—Reserve su agradecimiento para la metralleta de Heppy —replicó—. Ha sido ella, no yo, quien la ha librado de Latham.

—Si lo prefiere así...

—Es así.

—¡Por Dios! Usted ha hecho que ese hombre bajara del coche y se olvidara del arma; sólo por ello he podido yo cogerla y... y disparar...

—De modo, ¿no?, que Jerry Latham la había secuestrado.

—Ha sido horrible. No me obligue a hablar de ello.

Sam se detuvo en la oscuridad a unos pasos del coche.

—¿Y ha matado él a Heppy?

—Sí.

—¿Y le ha quitado la metralleta?

—Sí.

—¿E intentaba escapar con usted a México?

—No sé a dónde, señor Burke. Estaba enloquecido por la desesperación. Creo que usted le había sacado de quicio.

Sam miró hacia el cadáver del gángster.

Al hacerlo vislumbró las luces de varios vehículos que se aproximaban por el lado del motel.

—Jerry Latham detestaba las armas de fuego —dijo.

—Es posible. Señor Burke, si aparta usted su coche...

—Las detestaba —insistió tercamente Sam—. Se tomó un montón de trabajo para eliminar con su navaja al padre de usted, a Abundio, a Heppy. De nada le hubiera servido una metralleta.

—¡Señor Burke!

—¡Señor narices! —respondió él con violencia—. La metralleta de Heppy fue usted quien la cogió. Pensó que en cualquier momento podía con ella dejar seco al gordito. Le hubiera dejado seco aunque no hubiese intervenido mi menda.

El primero de los coches que se aproximaba tomó la curva y frenó. Sus neumáticos patinaron en la arena, llevándolo sin duda más lejos de lo que su conductor había calculado.

Lena no prestó al coche la menor atención.

—No le entiendo, señor Burke.

—Digo, nena, que usted hubiera dejado seco a Latham de todos modos. Una vez cumplida su misión el pobre idiota ya no hacía sino estorbar. Para usted fue una pena que yo no mordiera el anzuelo y entrase a sangre y fuego en el asunto.

Del coche se apeó Mick. Le siguió Jimmy.

Éste se puso a gesticular excitado al descubrir el cadáver de su jefe.

Otro coche tomó la curva.

Lena dijo:

—Cada vez le entiendo menos. ¿Y no podría ir a apagar los faros? Me dan en los ojos.

—Así la veo bien. Es usted condenadamente bonita, paloma.

Del segundo coche se apearon Sybil y Chuk.

Mick, que avanzaba haciéndose visera con la mano para escudriñar las tinieblas, exclamó:

—¿Anda usted por ahí, Burke?

—Sí.

—¿Y por qué cuerno ha tenido que cargarse al patrón? No creo que...

—Ha sido Lena Sard.

—¿La chica?

Lena dijo secamente:

—Volvamos al motel. —Puso en marcha el motor—. Quiten de una vez ese coche de ahí delante.

Sam rió.

—¿Imagina que en el motel le irán mejor las cosas? ¿O espera que por el camino se le presente ocasión de escapar?

—¿Escapar? ¿Eso significa que continuo secuestrada? ¡Señor Burke, no puede usted hacer eso! Sabe bien que si es cuestión de dinero...

—Usted nunca ha estado secuestrada. —Sam vio por el rabillo del ojo que Sybil acudía hacia él, caminando dificultosamente sobre la arena y los guijarros con sus zapatos de alto tacón—. Ni por Jerry Latham ni por el emperador de la China, muñeca. Por nadie.

—¡Mick! —exclamó súbitamente la muchacha—. ¡Le pagaré lo que...!

—¡Cállese! Su fuga con Latham no era tal secuestro. Era parte del premio que usted le concedía por haber ejecutado en su nombre la enorme marranada que usted no había tenido estómago para ejecutar personalmente: matar a Silas Sard.

—¡Señor Burke, está usted hablando de mi padre!

—¿Su padre? Nena, estoy hablando del sinvergüenza que hace un montón de años las abandonó a usted y a su madre en la más completa miseria, del hombre a quien la bruja de su madre le enseñó a usted a odiar desde que tuvo uso de razón; y conste que no soy yo el primero que a su madre la ha llamado bruja.

—He sido yo —dijo Sybil.

Había conseguido llegar junto a Sam y en aquel momento se colgaba de su brazo.

Lena preguntó con voz temblorosa:

—¿Me acusa usted del asesinato de mi propio padre?

—Sí —dijo Sam.

Otro coche se detenía a la salida de la curva.

CAPÍTULO XI

Mick, Chuk y Jimmy se habían reunido y escuchaban en silencio. En la oscuridad sus figuras parecían envueltas en una nube de amenaza.

Kay Dewey y los dos mexicanos descendieron del tercer coche con aire entre perplejo y receloso. Monasterio estaba desarmado, pero Ortiz empuñaba el revólver con que anteriormente su socio golpeará a Sam.

La rubia preguntó en tono autoritario:

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué significa esto?

Los dos hombres miraban el cuerpo de Latham.

—Pasa que Lena va a contarnos un folletín —dijo Sam apaciblemente—. La historia de una huerfanita. Muy apropiada para amenizar estas largas e insulsas veladas del desierto.

—¡No admito bromas, Burke! —exclamó Kay.

—Ninguno de nosotros está dispuesto a admitirlas —corroboró él.

Lena gimió angustiosamente:

—¡Oh, basta ya! ¡Basta! ¡Ha sido Latham quien ha matado a mi padre! ¡No puedo más! ¡Kay, Sybil, llevadme a casa, por favor!

Sam notó que la mano de Sybil oprimía su brazo.

—Muy bien, terminemos —dijo—. Cuando antes ha hablado conmigo, Lena, me ha contado usted por lo menos dos mentiras substanciales. Una era que su padre se había presentado de improviso en Milwaukee al morir su madre, dispuesto a tomaría bajo su protección, a compartir con usted sus riquezas y a traerla finalmente al motel. Otra era que usted ignoraba a qué clase de negocios se dedicaba su padre aquí. Fue usted, paloma, quien escribió a Silas y dio el primer paso hacia una aparente reconciliación. Y usted sabía perfectamente cuáles eran aquellos negocios, porque un rato antes, y lo digo a título de ejemplo, había

persuadido a Sybil de que la ayudara a trasladar al *bungalow* la reserva de marihuana que tenía oculta su padre.

—¡Ella! —exclamó Kay, enfurecida.

—Ella, muñeca.

—¿Dónde está ahora la juju?

—Lena dijo que pensaba destruir aquella vergonzosa evidencia de la manera como su papaíta había amasado una fortuna. Eso fue lo que dijo.

Kay se volvió hacia los mexicanos. Llamó imperiosamente:

—¡Antonio!

—Llevo un revólver en el bolsillo —advirtió Sam sin alzar la voz—. No sé si me entiendes, Kay.

—Pero...

—No sé si me entiendes. Tengo el dedo puesto en el gatillo.

—Está bien —refunfuñó la mujer. Hizo una seña—. Quédate ahí, Antonio.

Sam contemplaba la hermosa cabeza de Lena enmarcada en la ventanilla del coche. Dirigiéndose a ella siguió diciendo:

—Cuando murió su madre, querida, resolvió usted acabar con el aburrimiento y la miseria y hacerle pagar a Silas Sard todo lo que por él había aguantado. La cosa está clara. Reconciliación. ¡Hija querida! ¡Perdóname! ¡Qué falta le haces a tu pobre papá, tan viejo y sólo en el mundo! ¡Qué amargo es el recuerdo de los antiguos errores!

—¡Cállese! —chilló la muchacha.

Sam se echó a reír.

—Trabajó bien el asunto y concluyó por venir al motel para coronar la jugada. ¡Ah, pero no era fácil! ¡Se necesitaban tripas para apiolar al viejo! ¡Usted no había contado con ello! Hasta que apareció Jerry Latham... ¡Quieto, Antonio!

El mexicano, que había estado moviéndose furtivamente y levantando su mano armada, se detuvo a la izquierda de Kay.

Ésta dijo:

—¿Cuánto durará la fiesta, Burke? Todo eso nos tiene sin cuidado.

—¡Pues te aguantas, infierno!

Mick intervino preguntando de sopetón:

—¿He oído bien? ¿El viejo tenía en el motel un depósito de

mandanga?

—Luego hablaremos de ello.

—¡Habla ahora! ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Yo sí lo sé! ¡Está en ese coche! ¡Me hará usted creer que el patrón y esa perra escapaban dejando la mercancía atrás!

Sam observó que Chuk y Jimmy se habían separado estratégicamente y con el mayor disimulo de su compañero.

Apoyó una mano sobre la de Sybil.

—Prepárate —murmuró—. Échate al suelo cuando empiece el baile. Dentro de un instante esto será peor de lo que fue Hiroshima.

El baile empezó antes de que Sam terminase de hablar, y no del modo que él esperaba.

Lena, que todo aquel tiempo había tenido el motor del coche en marcha, decidió repentinamente intentar la fuga a cualquier precio. Dio gas. Lanzó el vehículo hacia la carretera e imprimió al volante; un giro de casi noventa grados con la esperanza de evitar el obstáculo del «Pontiac».

Antonio Ortiz disparó.

Y Mick, sacando una pistola con la rapidez del rayo.

Y Jimmy, y Chuk.

El coche se detuvo en seco.

Sybil se había solamente agachado. Sam la derribó al suelo sin remilgos y se tendió junto a ella.

Desde allí, apretando los dientes, presencié cómo Lena sacaba por la ventanilla el cañón de la metralleta. El arma rugió. Su ráfaga cazó a Chuk, que era quien se encontraba más próximo al coche. Pero no cazó a nadie más. El grito agónico del pistolero fue la señal para que todos se apresuraran a buscar cobijo.

Después, el infierno.

Duró unos instantes, con el fuego de cuatro armas manejadas por cuatro tiradores avezados concentrándose en el asiento delantero del automóvil. Pese al estrépito se notó claramente el momento en que la metralleta callaba. Sam lo notó y desahogó su sorda ira golpeando con el puño la arena.

El blanco vestido de algodón estaría ahora sucio de sangre. Podía imaginarlo. Un tierno y fragante capullo apenas convertido en rosa. Los ojos pardos, enormes, apasionados, profundos. La

gracia punzante. Aquella belleza selvática cuyo atractivo elemental turbaba como el aroma de la tierra húmeda, como el perfume del bosque después de un chaparrón de primavera.

Podía imaginarlo.

—Jimmy, tú estás más cerca —dijo roncamente Mick cuando hubo cesado el tiroteo—. Ve al coche y mira lo que hay. Yo te cubriré.

Jimmy respondió con una imprecación.

Sonó en las tinieblas la voz de Kay:

—Mucho ojo, Antonio.

—Le tengo encañonado —contestó el aludido.

—¿Juan?

—Descuida, no me duermo.

Mick disparó.

Sin consecuencias, al parecer, y sin que por el momento otros disparos se sumaran al suyo.

Sam extendió la mano hasta tocar a Sybil.

—Nena.

—¿Qué?

—Vámonos. Camina a gatas hacia tu izquierda, yo te seguiré. Echa a correr hacia el coche cuando estés cerca de la carretera, y sobre todo no dejes que, la luz de los faros te alcance.

—Sí, Sam.

La muchacha comenzó a obedecer las instrucciones.

El camino a recorrer no era largo, aunque sí áspero y doloroso para manos y rodillas.

Mick disparó nuevamente. Se impacientaba.

—¿No me has oído, Jimmy?

—¿Por qué no vas tú y te cubro yo? —sugirió el pistolero—. ¡Condenación! ¡Me achicharrarán en cuanto mueva un pie!

Sybil llegó a pocos pasos de la carretera y se levantó.

Sam lo hizo detrás de ella. Vio que la muchacha intentaba correr y que sus frágiles zapatos se lo impedían. Rió en un susurro. Avanzó de una zancada y la tomó en brazos.

Echó a correr hacia el «Pontiac» dando un rodeo, mientras Sybil se abrazaba a su cuello y apoyaba la frente en su mejilla.

El tiroteo recomenzó en el momento en que llegaba al coche. Sonó en las tinieblas un grito de dolor. Mick y Jimmy se habían

decidido a actuar, o acaso eran Ortiz y Monasterio.

¿Qué importaba ya?

Abrió la portezuela del «Pontiac», depositó a la muchacha en el asiento y saltó a bordo. Estaba tranquilo. Nadie se ocuparía de ellos. Los hombres y la mujer que en medio de la noche disputaban a muerte el botín guardado por el cadáver de una hermosa y maligna criatura bastante trabajo tenían ocupándose unos de otros.

Los tiros atronaban el aire.

Puso el coche en marcha, y al hacerlo notó que se había sentado encima de algo duro.

Su portafolios.

Maniobró enérgicamente y el «Pontiac» partió como una flecha.

Su portafolios. Cincuenta mil dólares y un fin de semana entero para volar hasta el extremo opuesto del mundo.

Sybil se cubría el rostro con las manos.

—¡Qué horror! —la oyó murmurar—. Qué asco, Sam, ¡qué asco!

Los tiros quedaban atrás.

—Cálmate, nena.

—¡Pero Lena! ¡Morir de ese modo!

—Está bien.

—Sam, pudiste equivocarte. Pudo ser...

—No.

—¡Pudo ser, Sam!

—Te digo que no. —Los ojos de Sam, duros como diamantes, se fijaban en la cinta semiborrada de la carretera—. Ella se valió de Jerry Latham para ejecutar sus planes. Quería matar al viejo y no se atrevía. Latham era el hombre apropiado. Lena le brindó ambas cosas, y Jerry degolló a Silas Sard.

—Es una hipótesis.

—Es una certeza. Cumplido su propósito, Lena imaginó que podía utilizarme a mí para que la librase de Latham. No lo consiguió. Pero él sospechaba algo parecido, estaba acechando en el exterior del «*bungalow*» mientras ella se endosaba su rascacielos de mentiras; y cuando entró, después que yo me hube marchado, Lena le encomendó el asesinato de Abundio.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque cometí la estupidez de mencionar que Abundio quería hablarme en secreto, y Lena temió, como así debía ser, que el

mestizo pretendiera acusarla a ella del crimen, que supiera o sospechara la verdad. Me dijo una mentira más: que encontraría a Abundio en la estación de gasolina. Era un pretexto para alejarme mientras Latham hacia su trabajo de matarife.

Hubo un largo silencio.

Lo rompió Sybil:

—¡Oh, Dios, Sam! ¿Por qué será la vida cómo es? ¿Alguien lo sabe?

—Te he oído antes esas palabras.

—¿Lo sabes tú?

El preguntó abruptamente:

—¿Has dejado en el motel algo de lo que no puedas prescindir?

La muchacha se volvió a mirarle sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque no volveremos.

—¡Sam!

—No volveremos, nena.

Ella titubeó.

—No hay nada de lo cual no pueda prescindir —dijo lentamente—. Nada. En el motel me he dejado en todo caso a mí misma, a la mujer que fui. Puedo prescindir de aquella mujer y seguir viviendo.

—¿Conmigo?

—Si tú quieres.

—¿Sea yo quien sea y haga lo que haga?

—Sí, Sam.

—¿Vaya adonde vaya?

Sybil rió sin alegría.

—No tengo pasaporte. No llevo encima ni un papel.

—¿Para qué lo quieres?

—Para cruzar la frontera contigo.

—No cruzaremos ninguna frontera.

—Pero tú decías... Tú ibas...

—Mudé de parecer. —Sam apartó el portafolios y se acomodó en el asiento. Sus manos asían con fuerza el volante. Su rostro semejaba tallado en granito—. Debo estar de regreso en Phoenix el lunes por la mañana, a la hora en que abren los Bancos. Trabajo en una agencia de compraventa de fincas, y antes de ir a la oficina tendré que hacer dos cosas. Una es un ingreso en el Banco. La otra

es solicitar una licencia matrimonial.

Sybil dijo:

—Por favor, para un momento.

El arrimó el coche a la cuneta.

Y encontró a la muchacha entre sus brazos antes de haberlo frenado del todo.

FIN

¡Intrigante!

¡Dinámica!

¡De tema profundamente humano y de gran actualidad!

Es la novela presentada esta semana por la popular



COLECCION SERVICIO SECRETO

Un título alucinante que no olvidará usted en mucho tiempo:

NOCTURNO CON MUERTE

debido a la excepcional calidad literaria del gran autor

W. CATANZARO

¡Un relato policiaco maravillosamente ambientado, cuyo tema despertará en todos los lectores un desmedido interés por conocer el desenlace completamente inesperado!

NOCTURNO CON MUERTE

¡Léalo en el próximo número de esta gran colección, dentro de siete días!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Joe Rey llevaba caballos suficientes para despertar la avaricia de cualquier cuatrero y, además, iba con él su hija Juanita, preciosa muchacha capaz de hacer hervir la sangre al más indifferente de los hombres...



Con esta codiciada carga, se aventuró a cruzar la pradera, sin otra defensa que sus "Colt" y la ayuda de un muchacho al que Juanita había hecho temblar de pasión

EL ROJO VENDAVAL

es un magnífico relato, surgido de la recia pluma de

RUDY LINBALE

¡Perseguían a un caballo salvaje, tan hermoso como las agrestes tieras en donde naciera, y sin saberlo se acercaban al centro de la más peligrosa jauría de bandidos que existió jamás

EL ROJO VENDAVAL

¡La emoción, unida al dinamismo sin precedentes de esta novela, le obligarán a leerla de una sola vez!

COLECCION BISONTE EXTRA

la presenta esta semana a todos sus lectores

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Ningún forastero podía vivir demasiado tiempo en Bigelow, por eso cuando Cly Harlowe llegó allí, alguien quiso divertirse a su costa, pero no tuvo tiempo... Los 'Colt' volaron a las manos del muchacho, y en la frente del gracioso apareció un negro orificio por el que se le fue escapando la vida...



HABLA EL COLT

es el título de un magnífico relato surgido de la pluma recia de

A. ROLCEST

¡Todo en Cly llamaba la atención; desde su caballo atigrado hasta su arrogante figura, impropia de un pistolero. Pero nadie intentó averiguar su punto de origen porque solo respondía con la voz de sus revólveres!

HABLA EL COLT

¡Trepidante, dinámica, humana y violenta como el mismo suelo del Oeste!

COLECCION BUFALO EXTRA

la presenta esta semana a todos sus lectores

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Un juramento fue la causa de su castigo! ¡Y Dios le condenó a vagar solo, a borde de su barco y por los mares circundantes al Cabo de Buena Esperanza, hasta el día del Juicio Final... si antes no lograba besar la cruz que su esposa llevaba en una medalla colgada de su cuello!

EL BUQUE FANTASMA

¡La fantástica historia del "Holandés Errante" narrada por la pluma maestra del

CAPITAN MARRYAT!

Otro de los magníficos títulos que les ofrece la sin par

COLECCION HISTORIAS

¡La más completa y mejor presentada de las bibliotecas juveniles!

EL BUQUE FANTASMA

¡256 páginas y más de 200 ilustraciones realizadas por los mejores artistas!

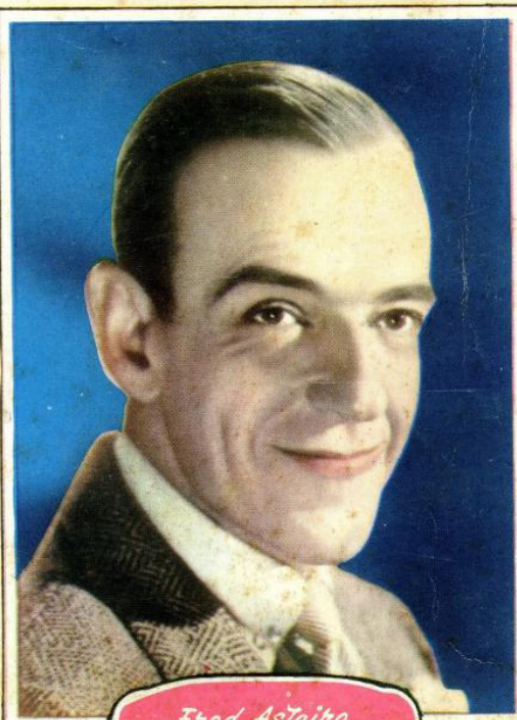
Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Fred Astaire

N.º 975

Nació en Omaha (Nebraska), el 10 de mayo de 1900. Su carrera cinematográfica es una constelación de éxitos. Entre ellos: "El sombrero de copa", "Volando hacia Río Janeiro" y últimamente "Papaito piernas largas".

Foto Filmax



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas, Impreso en España - Printed in Spain

